

HERALDO DE ANTEQUERA

PERIÓDICO INDEPENDIENTE

Político, Literario, Económico, y Social

REDACCIÓN:
Ssma. Trinidad, 15

ADMINISTRACIÓN:
12. TERCIA, 12

AÑO IV

No INJURIA ni CALUMNIA y es buzón de
las palpitaciones de la opinión pública.

DOMINGO 15 de Junio de 1913

La misión de la prensa culta es pedagógica
e imparcial

NUM. 178

Discurso pronunciado en el Congreso por DON ANTONIO MAURA

Manifestación de gratitud

Me dá el presidente la palabra para la rectificación, y mi conciencia me dice que tengo que pronunciar dos discursos. Tengo que recoger numerosísimas alusiones. En ningún caso quisiera yo exponerme a que cualquiera de los oradores que han tomado parte en la discusión creyese que, en el ordenamiento de lo que os tengo que decir, cumpliendo mis obligaciones, haya desconsideración para aquella parte del debate que no entre en la trayectoria de mi razonamiento. Espero que la substancia del debate, toda entera, entrará en la rectificación compleja que tengo que hacer hoy. Pido perdón a cualquiera de los señores diputados que crea que alguna cosa ha sido omitida, y si me llama la atención, la recogeré. No tomé a descortesía lo que es en mí la coacción del respeto a la Cámara y el severo ahorro de vuestra atención y de mis fuerzas.

Desde luego estoy obligado a una honda gratitud, porque en este debate tan apasionado, con antecedentes tan adecuados para sacarnos a todos de los términos de la razón, han sido muchas más las injusticias que para mí ha tenido la benevolencia, que las que se han escapado a la ira. (Muy bien.) Claro está que a eso vengo yo también a corresponder. Además las palabras que acabais de oír al Sr. Burell son también de las que obligan a mi cortesía.

Desde el primer día tomé la determinación, porque no en vano llevo muchos años en este sitio, en estos bancos, de no desperdiciar las observaciones que me toca hacer por la representación que tengo en la Cámara, en una muchedumbre de pequeñas rectificaciones, en las que con más facilidad se deslizan sugerencias de amor propio, detalles, extremos de análisis que dispersan la atención y la alejan del verdadero asunto, porque aquí estamos, no para ventilar empeños personales, ni para hacer un certamen de frases ingeniosas en que se concierten la acometividad y la pasión, sino para que miremos al bien público y veamos de acertar a servirle.

Tampoco gusto de repetir razonamientos que están de una vez impresos en el *Diario de las Sesiones*; lo peor que nos puede pasar es ir patinando sobre los mismos temas: yo me propongo avanzar en el debate hasta su término, en lo que atañe a mí, desde que lo dejé.

Aclaraciones.

Puesto que todos hemos de levantar el corazón, yo debo y quiero dar explicaciones cumplidas y amplias a cuantos han interpretado mal—yo diría tergiversado—, pero no intencionadamente, los conceptos y las palabras que pronuncié. Si se hubieran tomado los oradores que me han combatido la molestia de leer mi discurso más despacio, no habrían hallado en él nunca ni la frase ni el concepto en que yo haya dicho que he dado a la mayoría o al Gobierno dos años de dignidad, ni un minuto de dignidad; habrían hallado, al revés de eso, que sería una grosería, una gran irreverencia, que yo, que primero notifiqué privadamente las cosas que he dicho, después de haber esperado año y medio, dejé al Gobierno la holgura, la libertad de trazar y señalar su política con entera dignidad y con entera independencia, que es lo contrario de lo que se atribuye.

Lo de la colaboración sordida y premiosa. ¿Dónde está la colaboración sordida y premiosa? En dos textos. Está en la carta que dirige a los señores Azcárraga y Dato, después de la reunión de las minorías conservadoras, y dice así el párrafo:

«En lo que dije, nada es nuevo, ni siquiera la publicidad: consta en el *Diario de las Sesiones* del Congreso desde el 31 de Enero de 1912, y no obstante, el año transcurrió, presenciando España entera la colaboración sordida y premiosa de revolucionarios y gobernantes, para tener secuestrada la Regia facultad de nombrar libremente los ministros de la Corona».

Esto es lo que dije: pero cuando hablé (y volveré a hablar hoy) de consorcio entre la mayoría y las minorías republicanas, entre el Gobierno y los revolucionarios, yo no hablé de colaboración sordida y premiosa: hablé de cosas mucho más altas y mucho más hondas, en que voy a insistir hoy.

En cuanto a lo del año 1912, concretándolo a eso mismo, lo toqué en mi discurso, y se ha confundido—¿cómo no?—, se ha confundido en lo que vosotros habeis dicho, porque es indudable que en el partido liberal hubo, durante 1912, el deseo de que no se votara el Presupuesto. ¿No están representados todos los partidos en la Comisión de Presupuestos? ¿Hay algún individuo de la Comisión de Presupuestos que sobre eso tenga alguna duda, y que pueda aportar a puñados los testimonios? A ellos, a los liberales, les interesaba que no hubiera Presupuestos; no obstante eso, prometían todos los días, muy a menudo, que los habría, y que los habría desde el comienzo del año; sobre eso hubo incidentes y propuestas diversas, y varias conjuras, y hasta crisis ministerial. Y el año transcurrió sin que hubiera Presupuestos. Que eso tocaba a la prerrogativa de la Corona, lo reconocía el Sr. Azcárate, y ya lo había reconocido el actual presidente del Consejo en el Palacio Real, hablando de la urgencia de que no siguiese detentando al Parlamento prerrogativas que no eran suyas. (Rumores.) Y a eso yo lo llamo sordido; es un juicio político a que tengo perfecto derecho.

Creo que la primera acuciosidad, el primer requerimiento de urgencia de un Gobierno, es dejar siempre expedita la prerrogativa Regia y la posibilidad de sustituirlo; la política contraria me parece sordida; eso no es ofensa personal para nadie; es mi obligación no omitir eso, y lo mantengo.

¿Y en cuanto a la cooperación? ¿A mí qué me importa que una vez más mostrasen las minorías republicanas su interés en que subsistiera aquel Gobierno? No lo habíais disimulado nunca; y que vuestra oposición de cuantagotas, como por ahí mismo se ha dicho, no recuerdo por cuál de los oradores, ha servido al Gobierno para aquel designio, no ofrece duda.

Creo haber explicado aquella frase, y no necesito más que una cosa: haberla explicado sin faltar a la cortesía y a los miramientos personales que debo a todos, y que deseo se me guarden a mí.

La política del bloque.—Caricaturas, no retratos.

Otro tanto digo respecto de la política del bloque, que de tal manera irrita al ilustre orador don Melquiades Álvarez. ¡Válgame Dios! Pero, ¡si eso que hizo S. S., apasionado, es incapaz de hacerlo su señoría, sereno y tranquilo! Porque recordareis, señores diputados, y si no, está aquí el texto, que yo iba desenvolviendo esta tesis: tesis que aceptaréis o rechazaréis, pero que es una tesis política. En España, donde lo que falta no son leyes democráticas, sino educación cívica y práctica de ciudadanía, las izquierdas no han hecho, no hacen lo que para fomentar e impulsar esa educación les corresponde. Razo-

nando esta tesis, decía yo, contraponía yo, lo que son las campañas de opinión, las campañas electorales, las luchas en prácticas propiamente democráticas, y lo que son los aprovechamientos del contacto con el Poder ministerial para infiltrar en la política, para infiltrar en la legislación, una tendencia, una representación, un conjunto de ideas y aspiraciones que no ha triunfado en los comicios, que no ha pasado por el tamiz sacrosanto de la voluntad nacional. (Muy bien.) Esa era la tesis, esa la contraposición, y claro es que yo sobre ese contacto de las oposiciones republicanas con el Poder ministerial para aquellos fines, descargaba todas mis iras. Pero era una cosa absolutamente impersonal.

Y, ¿qué dice el Sr. Álvarez? Pues el señor Álvarez, para fabricar una injuria, no con el propósito, ya lo he dicho, apasionado, extraviado por la pasión, anhelando encontrar un arma contra mí, que es lo que les pasa a todos los combatientes (eso es natural, y yo de ello no me quejo) empezó por personalizar el concepto; y para ello me dió a mí la noticia, y doy palabra de que fué la primera vez que lo he oído y que lo he sabido, de que el bloque, por lo que se refiere a diputados republicanos, se componía de tres personas, y, claro, ya estaba convertido en un ataque personal; pero era el Sr. Álvarez el que hacía la disección. Porque yo no hablaba del bloque de fulano, yo hablaba de una política que consistía en que, sin programa, sin que lo hallamos conocido nunca, sin que ese programa haya militado en la política española, se filtre por las amistades, y las conversaciones, y los contactos, y las avenencias con tales o cuales ministros, o personajes en visperas de serlo, se filtre nada menos que en el imperio y la soberanía de la nación.

Yo hablaba de una política, no de una persona, ni de tres, ni de veinte; yo hablaba de una política, yo cumplía con mi deber, no atacaba a nadie; además de que había empezado mi discurso con todas aquellas protestas de cuya sinceridad di muestras en el curso del mismo, porque muchas veces lo repetí, y en una ocasión que advertí cierto movimiento en esa minoría, pregunté si algo le agraviaba, para retirarlo, y me dijisteis que no. Ahora también vuelvo a repetir que retiré todo lo que os moleste, porque yo no quiero molestar a nadie. (Muy bien.) No hay que echar las cosas a barato, tratándolas así. Y quédense aparte las caricaturas, de las que yo no me duelo por la severidad, sino por el fingimiento, porque las caricaturas son en nuestro arsenal político municiones de guerra; por eso me hago cargo de ellas. ¿No habéis oído a Pablo Iglesias, la otra tarde, presentarme a mí, no en su periódico y en sus relaciones con su clientela, sino aquí, delante de tantos testigos, como un hombre atrabiliario, sistemáticamente conculcador de las leyes? ¡Gentil talle tengo yo de eso! Con el original delante, Sr. Iglesias, no se puede manejar así el lápiz; cuando yo no esté delante, dígalos S. S. si quiere. (Muy bien.) Pues, ¿y un ilustre orador, D. Melquiades Álvarez, refiriendo en un párrafo lo que le ha ocurrido a Joao Franco, para aplicármelo a mí? (Risas.) ¿Qué tiene que ver el señor Franco conmigo, ni mi intervención en la política con el papel que le tocó jugar en la Historia de Portugal a aquel hombre público?

Su ultramontanismo.

Pues, ¿y mi ultramontanismo, Sr. Álvarez, señor Azcárate y Sr. Lerroux? Porque el señor Lerroux y el Sr. Azcárate coincidieron (era un menester de su razonamiento) en un determinado punto de su desarrollo, en que yo era ultramontano. No hay cosa más sencilla que recoger los textos de un hombre que no hace más que hablar, cuando habla, y sus Reales órdenes y decretos, cuando gobierna. No: el Sr. Lerroux se tomó la molestia (yo siento que se la tomara, porque debió ser un tormento muy grande) de buscar en veinte años mis discursos y minutas, para ver de

dónde sale mi ultramontanismo, y yo me remito al discurso de S. S. para que veáis de qué cuatro vientos procede lo que tuvo que reunir para dar alguna base a su calificación de ultramontanismo. Pues ¿y el Sr. Azcárate? Usó un procedimiento que no es nuevo en S. S. En los procesos judiciales hay una cosa que se llama rueda de presos: el Sr. Azcárate, siempre que necesita llamarme ultramontano, sin darse cuenta va a parar a lo mismo. Me nombra a mí, luego nombra al Sr. Senante, al Sr. Mella, a la Defensa social, al integrismo, a la Unión católica, y a unos cuantos cardenales; descarga sobre ellos sus improperios; de vez en cuando, como estoy en el montón, sale mi nombre, y así quedo convertido en ultramontano. (Risas.) Basta, señores; eso no vale nada. No quiero que digáis que soy tan tirano, tan absorbente, tan soberbio, tan dominante, que os quiera tasar el modo de discutir; lo que hay es que a mí me choca el sistema; yo tengo otro, y lo demuestro, porque ya lo veis; bajo un diluvio de dictérios me estoy callado años enteros.

¿Qué significa esto? Pues que tengo mucha más fe en las cosas que en las palabras. Y no es que yo me crea impecable; no tengo la menor duda de que he cometido muchos errores. ¿Qué imbécil sería, si no lo reconociese! ¿Quién no los comete? Y no sé cuál es la proporción de mis aciertos y mis errores; pero sé que no soy el juez, y que hay un juez inapelable en todo caso, probablemente más justiciero que todos nosotros, que es la opinión pública; yo no aspiro a mejorar la nota, no puedo ofrecer más de lo que soy, ni mejor voluntad de la que tuve; y si tuve la desgracia de no merecer la confianza pública, con prescindir de mí, basta, que yo importuno poco. (Muy bien, muy bien.)

Creo que ya he quitado de en medio todas las pequeñeces que pudieran afectarme: vamos a lo que interesa.

Los republicanos llevan la voz cantante, y la mayoría dormita.

He advertido en todo el debate, siempre en las extremas izquierdas, un prurito de rehusar, de denegar el consorcio con la mayoría y el Gobierno; ese sí que es punto fundamental de sumo interés.

Yo quisiera que acertáramos todos; en parte es muy fácil, porque no hay más sino atenerse a mi primitiva y constante intención; que acertarais los que teneis la bondad de oírme y de escucharme, sin ver en lo que yo diga, ni de un lado ni de otro de la Cámara, una intención recriminatoria. No. Si es o no es censurable lo que a mí me lo parece, ahora no me ocupo de eso; me ocupo de la trascendencia política del hecho.

Cuando yo afirmo, no ahora, sino hace 4 años, que en la política española existe una causa de perturbación, consistente en no ocupar su puesto en la relación respectiva esas minorías, y aquel partido y aquel Gobierno, afirmo alguna cosa que pueda ser clandestina? Pues yo diré verdad, o no; me equivocaré, o no; lo que no puede ser es que España entera no lo sepa. De modo que debíais haber considerado, y deseo que consideréis, que éste es un debate, esta es una plática en la que, si no acierto, si yerro yo, que bien podría ser, o errais vosotros que no es imposible, tenemos segura la rectificación; porque de lo que pasó hace cuatro años es testigo la Nación entera. En las cosas pequeñas, de que yo no me he ocupado, ni me he de ocupar; en las menudencias, en las pequeñas manifestaciones del fenómeno, son testigos los distritos, las personas, las familias, los grupos, los amigos, las tertulias, el salón de conferencias, el café, etc. En eso me remito a lo que sea el juicio general; no he dicho una palabra de eso; no necesito más documento que el *Diario de las Sesiones*. Voy a hablar de lo que ha pasado aquí, nada más.

¿Qué ha pasado durante estos cuatro años? Pues ha pasado que, dividido el trabajo, la voz cantante ha sonado ahí (Señalando a la minoría republicana), y que al compás de

COMPañIA COLONIAL = CHOCOLATES

Anuncios por palabras

Anuncios por palabras clasificados en secciones: Diez palabras 25 céntimos; cada palabra más cinco céntimos. Al importe de cada anuncio, habrá de acompañar diez céntimos de peseta por inserción por el concepto de timbre. Los anuncios demandando trabajo, a mitad de precio. Los originales deben obrar en nuestro poder cinco días antes de su publicación, acompañados de su importe.

Compostura de relojes, máquinas de coser, de escribir y gramófonos. Estepa 86. F. López.

Fábrica de sellos de caucho y metal. José Rojas Gironella: Cuesta de los Rojos 9.

Hijos de Antonio Barceló Cosecheros y exportadores de Vinos Especialidad en Aguardientes de Ojen. Representante F. Ruiz Ortega.

Se venden puertas y portones en buen uso. Cuartos nuevos y cañas baratas para obras. Informarán calle Nueva 23.

Pianos. Afinación, reparación. Se reciben avisos. Aguadenteros 22.

Se alquila la casa num. 3 de la calle Trasierras. Darán razón en la calle de Estepa esquina de la de Mesones.

Se venden palos de pino de 6, 7, 8 y 9 metros. Para informes dirigirse a José Palma, Victoria 25 Málaga.

TIPOGRAFIA Y ENCUADERNACIÓN. Prontitud, esmero y economía. «El Siglo XX»—Estepa 69

Vinos y anisados Hijos de Antonio Barceló.—Málaga.

VERY OLD LUCIE RUM. Verdadero de Jamaica, producto de la caña de azúcar. Preparado por Hijos de Antonio Barceló. Málaga.

Ya sabéis que el que anuncia vende, encuentra colocación, o halla sirvientes. Esta nueva sección de HERALDO, es el colmo de la baratura.

Dinero barato

Préstamos hipotecarios al 4 por 100 anual sobre toda clase de fincas.

Se adelantan fondos para levantar hipotecas de préstamos caros para compras, dehesas y otras fincas, y para cortar pleitos De 5.000 pesetas en adelante, amortizable en 20 años al 8.80 por 100 anual.

Para más informes, dirigirse a don Antonio Trescastro Navas, en Loja, calle del Caux número 16.

Antonio Jiménez Robles

Cirujano Dentista
CLÍNICA ODONTOLÓGICA:
Construcción de dentaduras de celuloide, cauchuc, oro, platino y aluminio : : Extracciones, Orificaciones y Empastes.
- 20, MADERUELO, 20 -

Manzanilla La Pastora

Que es la preferida por los inteligentes en bebidas, la venden D. Manuel Vergara, D. Luis Thuiller, D. José Castilla, D. Francisco Ríos, D. Francisco Acedo, La Mallorquina, V.da de Aguilar y D. Miguel García Benítez.

"ATROPOS," GRAN INSECTICIDA DE DALMACIA

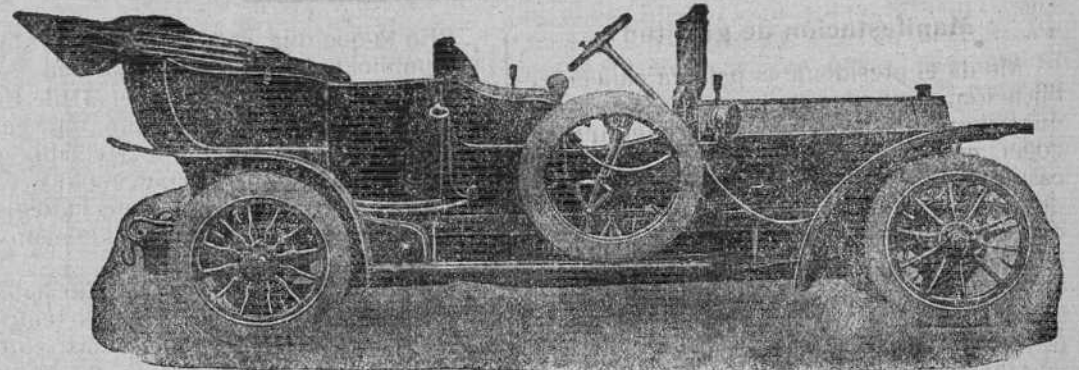
Polvos insuperables para la extinción completa de chinches, pulgas, mosquitos, cucarachas y demás insectos nocivos y molestos a la humanidad.

Destructor de todos los bichos que atacan a los animales domésticos, perros, ganado, caballos, ovejas, etc.

Especial para conservar las prendas de vestir, abrigos de pieles, etc.

En latas de 100 gramos. De venta en calle Alameda 11—pral. y en la Librería «El Siglo XX»—Estepa 69

OCASION



Magnífico Automóvil "MORS" triple faetón, 8 asientos.

36 Caballos

en perfectísimo estado, rueda desmontable, faros, faro grande delante, completamente equipado 8000 Pesetas. Informes

Garage Inglés (Málaga)

FÁBRICA DE ABONOS MINERALES

—DE—

José García Berdoy & Antequera

Importación directa de Primeras Materias para Abonos

Sulfato de amoniaco.—Nitrato de sosa.—Escorias Thomas.—Sulfato y cloruro de potasa.—Sulfato de hierro y de cobre.—Kainita.—Azufre.—Superfosfato de Cal.—Abonos completos para cada tierra y cultivo con especialidad para Remolachas, Cereales, Habas, Olivos, Hortalizas y Maíz.

Laboratorio químico para el análisis de tierras y abonos.

Representante en los principales puntos de la región andaluza.

FUNDICIÓN Y CONSTRUCCIONES METÁLICAS

— de —

LUNA É HIJO

Sucesores de

—: Felipe Herrero, Bertrán de Lis, Roda y M. de Luna Perez :—

Especialidad en máquinas para fábricas de aceite mecánicas, eléctricas y químicas, (sulfuro).

Consultas, estudios, proyectos, presupuestos, etc. gratis.

(Antigua fábrica de Felipe Herrero).— ANTEQUERA

La Industrial DE JOSÉ BUENO MORALES

Andrés Borrego, 7.—MÁLAGA.

Bazar de Muebles de todas clases. Representante.—José del Pino Paché.

TEJIDOS Y NOVEDADES

de Antonio Ruiz Miranda

Fantasia para vestidos. Piqué Delirios colores, gran novedad.

Idem, blancos y crudos. Batistas del País y Extranjeras.

Céfiros fantasia. Percales y Batistas con cenefa.

Idem de camisas del País y Francesas. Manchester y Panamá para camisas.

Estambres y lanillas para trajes. Driles alpaca, hilo y algodón.

Guantes, Medias y Calcetines. Sombrillas y Bastones, alta novedad.

Corbatas, extenso surtido desde 40 cents.

Abanicos tornasol, gasa japonesa y pintados, última creación de la moda, é infinidad de artículos difícil de enumerar.

MÁRMOLES

Zócalos - Pavimentos - Escaleras - Tableros - Solerías de mármol desde 6 ptas. metro cuadrado.

José Ruiz Ortega.—ALAMEDA 10

Mata-moscas "DAISY"

Conocido es de muchos el magnífico resultado que produce al fin que se dedica. Lo prueba el haber vendido el año anterior más de trescientos solo en esta casa.

El Mata-moscas "DAISY," es un aparato bonito que no produce repugnancia ni mal olor, y consigue libertar a las criaturas de la molestia de las moscas y mosquitos.

Es indispensable y de utilidad en los Hospitales, Fondas, Colegios, Cafés, Conventos y demás puntos donde se congregan muchas personas.

De venta en EL SIGLO XX.

José Jimenez Cosario a Málaga:

Se reciben encargos: En Antequera, Cuesta Zapateros 2

En Málaga, Puerta del Mar. Almacén de ultramarinos de D. Braulio Aceña

la hostilidad contra nosotros ha dormitado el Gobierno. Esta es la síntesis de cuatro años; y muy a gusto, y profesionalmente acogido el Gobierno a esa trayectoria. Anteayer mismo se levantaba un ministro, y decía: «Ahora los proyectiles caen todos allí (Señalando a los bancos conservadores). ¡Bendito Dios! Está bien. Y se regocijaba. Ya hablaremos de eso. (Muy bien, muy bien.)»

Hablábais vosotros (A los republicanos), y expresábais, naturalmente, vuestras ideas, vuestra hostilidad naturalísima, vuestra irritación, que se explica; pero expresábais los sentimientos de la mayoría y del banco azul, que no sabíais (Volviéndose a la mayoría) disimular, y en el centro de la mayoría, en lo más rudo e injusto de vuestros ataques, se veía removerse aquella íntima expansión del ánimo cuando halla su verbo y su expresión feliz, y aplaudía o subrayaba con ciertos rumores. Eso sucedía en el banco azul, a veces con tan poca compostura que, al doblegarse la urdimbre de obligaciones oficiales, saltaba algún ministro de la Guerra en una crisis, que es mejor para no recordada; y aquello era, más que un exceso, una falta de compostura en el asentimiento ministerial.

La seudocrisis de Enero del 12.—El veto de los republicanos.

¿No os acordais, señores diputados, de una cosa que se llamó la seudocrisis de Enero de 1912? Yo lo recuerdo mucho. Aconteció lo que vais a oír.

Porque las cosas políticas habían estado meses enteros en cierto estado crítico, me había abstenido yo de cumplir deberes de cortesía con SS. MM., y no había ido a Palacio; un día hallé sobre mi mesa la invitación para la comida del 23 de Enero; naturalmente, estimé ilícito ir a sentarme a la mesa de Su Magestad, sin haber estado antes en Palacio. Fui a cumplir este deber de cortesía—, y tuve con S. M. la conversación más corriente y más indiferente, para la marcha de la política, que pueda existir; salí a la una y media de allí, y cuando llegué aquí a las tres, ya se había levantado, por altas direcciones, el movimiento, con todo el alboroto de una intriga palatina contra el partido liberal, y sonaba toda la trompetería del órgano que suele sonar en los bancos republicanos, y que repercute en los de enfrente. Fué un escándalo enorme, y cuando aquello fué objeto de discusión, lo único que tuve que decir fué que me avergonzaba de pertenecer a un país donde podían suceder tales cosas. (Muy bien, muy bien.)

Qué, ¿será cosa que yo tenga que comprobar con escritura pública el hecho de que durante estos cuatro años, como indiqué en mi discurso, se ha vivido en un diálogo, que consiste en el veto revolucionario y en los augurios compungidos vuestros de lo que pasaría en España cuando el Poder viniera a mis manos? Eso el señor presidente del Consejo de ministros lo ha dicho en París, en un banquete oficial hace poco más de veinte días. (Aplausos en la minoría conservadora.) ¡No lo niegue S. S., señor presidente del Consejo de ministros!

¿Hemos soñado nosotros el hecho de que durante un mes, el Gobierno de Su Magestad haya estado proclamando, y haya proclamado, a la cabeza de ese banco las ansias de que ocupase la presidencia de las Cortes el Sr. Azcárate? Vamos a examinar esto.

La candidatura del señor Azcárate Maura, no.

El Sr. Azcárate, individualmente; el Sr. Azcárate, con su vida parlamentaria, con su vida profesional, con su vida doctoral, con su vida moral: el Sr. Azcárate es un candidato que no necesitaba ser votado para tener la unanimidad (Muy bien); pero es que el Sr. Azcárate ahí es jefe de la conjunción republicano-socialista, y lo era más entonces, y yo he oído decir al señor presidente del Consejo, no que deseaba que el Sr. Azcárate se apartase de sus vínculos políticos, para quedar constituido íntegramente en las condiciones personalísimas suyas, excepcionales y honrosas, sino que lo que había deseado y deploraba no haber conseguido, era que el Sr. Azcárate, con todo lo que significaba, y sin tener que renunciar a nada, ocupase la presidencia de esta Cámara. De modo que tiene el Gobierno ya tan adentro el tósigo, está de tal manera inficionado, que no advierte lo que significa decir eso desde la cabeza del banco azul, y llevar, no la persona, sino esa significación a la presidencia de la Cámara, para mantener, con todos los que con ella se relacionan, los vínculos que la vida parlamentaria exige.

Todo este debate que ahora acaba, ¿qué ha

sido, sino el «Maura, no», repetido en los diversos tonos de voz, con todo lo que significa en este régimen la pretensión de eliminar a los conservadores del Gobierno, y en el banco azul ni una sola vez, ni por casualidad, dar señales de haber advertido que acaso tuvieran alguna obligación que cumplir? (Muy bien, en la minoría conservadora.)

Un día, a que antes me refería, el ministro que llevaba la voz del Gobierno dijo que el Gobierno asistía al debate como padrino, y como no es padrino mío, evidente está quien es su apadrinado (Risas.)

No os molesto ya más sobre el tema, señores; me remito al juicio público sobre cosas que públicas han sido y son. Yo creo que podéis decir que ello es natural, que ello es laudable, que ello es una consecuencia de la afinidad de ideas; ya lo habeis indicado, y está bien; pero no neguéis el hecho, entre otras cosas, porque no gana nada el hecho en reputación con negarlo (Muy bien.)

Yo parto de la certeza del hecho; arrancando de ahí mi razonamiento, tengo el pesar, la sincera pena, de hallarme en una fundamental discrepancia con vosotros; es decir, con vuestra política, porque en este debate no hay absolutamente nada personal, nada que se concrete a este o al otro ministro; estoy hablando de la política, con una latitud y extensión tal, que aunque las personas no puedan estar ausentes, porque ellas hacen la política, puede afirmarse que ellas, individualmente, no llevan variante alguna al razonamiento en el debate. No voy a repetir las razones que di el primer día, que en mi ánimo pesan, para considerar equivocada y funesta esa política; dichas están: las mantengo, y si pudiera las vigorizaría: tendrán el valor que tengan intrínsecamente, y voy a ir adelante.

El régimen de los partidos

Y para ir adelante, me encuentro con el señor Cambó, que en su elocuentísimo discurso pasó, como era natural, por este tema, y lo iluminó con la claridad privilegiada de su entendimiento.

Nos habló el Sr. Cambó del turno de los partidos, de los grandes partidos, en cierto modo monopolizadores de las corrientes de opinión nacional que actúan en la vida pública, y de aquel otro sistema de las agrupaciones accidentales de fuerzas políticas, con propósitos concretos, sucesivos, distintos.

Naturalmente, no llevará a mal el Sr. Cambó, como lo he dicho en general para todos los oradores, que atiende ya al hilo general, sintético, de mi razonamiento, y no acuda a las invitaciones numerosas y tentadoras a debatir algunos episodios de su discurso, como de los discursos de los demás oradores que me han aludido en este debate.

Yo entiendo, y ahí está el *Diario* para quien se tome la molestia de confrontar, que el Sr. Cambó razonaba, a trozos, en una conformidad completa con mi pensamiento, y por lo tanto, respetando la opinión ajena, digo yo que, acertadamente, no por otra causa que porque coincidían con mi juicio; pero caía en la equivocación de barajar, de mezclar las doctrinas y los razonamientos que corresponden a dos cosas, a dos estados políticos y a dos sistemas de marcha la política, muy diferentes de como marcha ahora. Me explicaré. En una absoluta y plena, diríamos salud o vida fisiológica, del régimen parlamentario, establecida la conformidad constitucional de todos los súbditos, de todos los ciudadanos, para los cuales existen la Constituciones, practicada y extendida la ciudadanía, no tendrían razón de ser, como no fuera un abuso, el contacto y la alianza especial de dos partidos. La verdadera vida política sana entonces sería que cada corriente de opinión, que cada anhelo popular se encarnase y organizase, y preparase y adiestrase para el gobierno, o para influir en él con entera independencia, estando equidistantes, por lo que toca a esa convivencia y a las relaciones del recíproco auxilio, absolutamente todos los partidos, sin más razón que sus afinidades, o los propósitos que persiguieran en un instante determinado.

Pero ¿es que España ha alcanzado esta normalidad política? Pero, ¿qué, ¿España no es una Nación donde, al cabo de un siglo de perturbaciones y guerras civiles, con una Constitución como la del 76, se ha pretendido y logrado establecer una zona neutra, una zona templada, una transacción, dejando a derecha e izquierda, por desgracia, pero realmente, gentes, organizaciones y muchedumbres que no reconocen la Constitución, y que, además, proclaman a toda hora que si no la subvierten por la fuerza, es porque no pueden? A esos los llamo yo facciosos. Un régimen constitucional, una Constitución que no ha logrado la conformidad de todos,

y que tiene a derecha e izquierda enemigos que se proponen subvertirla, ¿cómo se ha de mantener, si sus partidarios no sienten que es común la causa de defenderla contra unos y otros? (Muy bien.) De modo que el pacto del Pardo, que el contacto de los dos partidos, que el turno, que el monopolio, que todo eso, que son inadvertencias, porque con la advertencia se acabarían las locuciones fáciles, todo eso es en el organismo nacional lo que en el cuerpo enfermo aquella adaptación de órganos, en que los sanos suplen a los dolientes y mediante estas acomodaciones, se va prolongando la vida, y se espera la hora de la salud. (Muy bien, muy bien.) Es una salud relativa, y es una normalidad fisiológica, y sin esa acomodación, podría venir la muerte; no podría restablecerse la salud.

Claro es que la doctrina nada sabe de esas cosas; pero sabemos nosotros, que no somos tratadistas, sino políticos y lo sabe una Nación que a esto debe cuarenta años de relativa normalidad y paz.

Hay en eso de los partidos, señores diputados, y especialmente, Sr. Cambó, dos cosas distintas. En lo que ha dicho S. S. yo distingo dos asuntos: el uno acabo de presentarlos a vuestra consideración; el otro es que habíamos de haber alcanzado la plena normalidad política y ser la Constitución una ley aceptada, criticada cuanto se quiera, pero no hostigada por vías ilegítimas; pero no amenazada de subversiones puniles; había de ser la Constitución la ley común y la ciudadanía práctica constante de toda la Nación, de toda la sociedad española, y yo no compartiría la idea de que sean malas las concentraciones en dos grandes partidos que turnan en el Gobierno; porque hartas causas de inestabilidad y de quebranto para el interés público tiene la vida parlamentaria, harta incoherencia tiene el régimen electoral para administrar los intereses permanentes de los pueblos, en que entran la política exterior, y la fuerza armada, y la justicia, y tantas cosas como deben sustraerse al embate y a los vaivenes de la pasión. Harto es eso para agravarlo con la sustitución de los partidos permanentes en que, al cabo, se puede esperar alguna persistencia y alguna tradición, por las adventicias coligaciones de grupos que persigan, apasionados, tal o cual mariposa que cruce por el horizonte de la política de un pueblo. (Muy bien, muy bien, en la minoría conservadora.—Aplausos.)

Romper el régimen de los partidos, es atentar a la solidaridad constitucional.

Volviendo a vosotros y al presente estado de la política y de la sociedad española, creo que he dicho bastante para declarar que para mí no hay opción, que para mí no hay preferencias, porque estamos todos sujetos y aherrojados por la necesidad al régimen de los partidos que defienden la Constitución contra las facciones.

Romper esa solidaridad constitucional de los dos partidos, es dar a las facciones el máximo aliento que ellas puedan pretender, es poner en el mayor peligro la permanencia, que es una de sus mayores virtudes, de los mayores bienes del régimen establecido de esa transacción que aspira a llevar por sendas pacíficas la política española y cerrar el período constituyente.

Pero yo pregunto a los que son militares y a los que, siendo civiles, han frecuentado la grata lectura de la Historia: ¿Conocéis plaza asediada como lo está aquí el régimen constituido, que pueda defenderse si la defensa es interminante? ¿De qué sirve la defensa de un día, si al día siguiente la defensa no perdura?

Para mí hay otra dificultad muy grande, porque los dos partidos de turno, legítimamente, declaradamente, con alta cara, se prestan recíproco apoyo. Deben hacerlo respetando las leyes, deben hacerlo no abusando del Poder; pero deben prestarse recíproco apoyo, porque hay entre ellos una afinidad santificada por el deber y por los juramentos. (Muy bien.)

Y esa ayuda puede y debe darse a quien coadyuve a la defensa y esté identificado en la pugna con los enemigos de la Constitución; pero ya es una deserción, ya toma caracteres inaceptables para la conciencia el apoyo que se da al compañero dentro del régimen constitucional, cuando repercute en provecho de aquellos mismos contra quienes se tiene que luchar.

No quiero insistir en esto: recordad cómo se hicieron las elecciones de estas Cortes, y lo que hemos visto después.

Decidme, señores: ¿quién piensa de este modo, y por que piensa de este modo procede del modo que vengo procediendo yo hace cuatro años, ¿dejará de maravillarse de que

alguien crea que las palabras no se helarán o se volatilizarán cuando se emplean para decirme a mí mismo que no hay que romper la solidaridad de los partidos, y para fingir que soy yo quien la rompe, cuando precisamente porque la rompéis vosotros, y porque yo sé que no se puede romper, estoy haciendo lo que hago? (Muy bien.)

Y estoy haciendo todo lo que hago, porque yo no tengo en mi mano el remedio, porque yo no puedo hacer ninguna de estas dos cosas: ni yo puedo tomar recibo de vuestras determinaciones y de la política de estos últimos años, y decir: «Está bien: marcharemos separados y divorciados», porque sé que el estado de la política española no es para esto, ni está en mí que vosotros volváis de vuestro acuerdo.

Su responsabilidad como jefe del partido.

Y aquí tenéis, señores, la clave de aquellas dos conclusiones de mi «nota» de 31 de Diciembre que a hombre de tanta autoridad como el Sr. Alvarez le han parecido dos monstruosos atentados contra la Constitución. Vamos a examinarlas, por que puede que no sean tan execrables como a S. S. le parecen, y me halaga la esperanza de que S. S. lo reconozca; si no tuviera tanta fortuna, espero que lo reconocerá la mayor parte de los oyentes.

Esas conclusiones de mi «nota» de 31 de Diciembre, que he ratificado y ratifico ahora, son la única posición que le es lícita al jefe del partido conservador a la hora presente, porque ellas dicen que de una manera o de otra, lo que no ha de cesar es la solidaridad de los partidos de gobierno; y no pudiendo prestarme yo a la política que vosotros estimáis acertada, me retiro y os dejo; y puesto que vosotros no aceptáis la política que yo concibo y proclamo, comprendo que no puedo contar con vosotros, y digo que se habrá de formar la pareja con otro sér, todavía no nacido. ¿Qué queréis que haga yo? ¿Qué más puedo hacer que prestarme a la facilidad máxima que puedo dar? Pero, notadlo: en esas conclusiones lo que preside, lo que las enlaza, lo que las informa, su esencia toda, es la necesidad de que perdure la solidaridad de los partidos constitucionales; a esto sacrifico yo todo, hasta la propia actuación política en el Gobierno, y la de quien esté conmigo, si es menester.

Yo, antes de llegar a estas conclusiones, he hecho los requerimientos fraternales, amistosos, confidenciales, silenciosos, que no ajaban la delicadeza ni la autoridad de los que estaban encargados, como ministros responsables del Rey, de la dirección de la política. He esperado un mes, y un semestre, y un año, y año y medio, guardando silencio. ¿Qué más puedo yo hacer para demostrar que no persigo ningún propósito que no sea el cumplimiento de mi deber? Decís que yo quiero imponer mi política, ser el tutor del partido liberal; que se forme un partido liberal a mi gusto, sin honor ni autoridad; eso no se puede decir sin apasionamiento que ciegue. ¡Si es todo lo contrario! ¿No advertís que, planteada la discordia en el modo de concebir la política y las relaciones de los dos partidos, podría yo decir lo mismo, y no lo digo? Yo respeto el juicio ajeno, y me limito a decir que si acertáis vosotros y prevalece vuestra política, y parece más acertada, y la opinión pública está con ella, en cuyo caso lo estará la Corona, no hay que preocuparse de mí; seré, en tal caso, un hombre equivocado, y a los hombres equivocados no se les acompaña. ¿Qué más puedo hacer? ¿Es que yo estoy obligado a sofocar mi pensamiento, a anular mis convicciones y a torcer mi conciencia? Cualquiera en mi lugar tiene que pensar en la responsabilidad tremenda de quien se siente depositario de la confianza de un partido, como el partido conservador, y de las fuerzas sociales, que sin estar incorporadas expresamente en la organización conservadora, son, sin embargo, fuerzas conservadoras, y tienen su confianza en este organismo político, porque este es un régimen (lo he dicho en otra forma otro día, y lo he dicho hoy, porque lo hemos de pensar siempre todos); este es un régimen en el cual la irresponsabilidad del Monarca supone que la responsabilidad de los hombres públicos no es una palabra vana, y que tiene raíces en la conciencia. Por lo tanto, yo tengo la obligación de mirar si la política que practico, en la oposición como en el Poder, sirve o defrauda a esas clases conservadoras, a esos sentimientos conservadores, a esos intereses conservadores, a esa multitud de españoles, que tienen depositada en nosotros, y al fin y al cabo en mí, la responsabilidad de corres-

(Continúa en el pliego suplemento)

Chocolate San Antonio

Probarlo
es su mejor
recomen-
dación.

Excursión al TORCAL:

No hay duda que para excursionista es preciso ser ágil y fuerte, y turistas vemos que parecen estar hechos con tendones de acero y músculos de goma. Yo aunque viejo conservo en buen uso las piernas y estoy exento del bello adorno de callos y juanetes; pero desafío yo al primer turista del mundo a que haga una excursión al Torcal con una pandilla de jóvenes antequeranos que se propongan visitar toda esa maravilla de la naturaleza por la mañana y estar a las cinco de la tarde paseándose por la calle Estepa, pelando la pava o jugando el domino. Hay aquí jóvenes que si los llevan al Paraíso Terrenal les dá la morriña de la cervicería, de la ventana o del café de los Gatos y si los mandan a explorar el Polo Norte se vuelven a Antequera a esperar el deshielo.

Cúpome a mi la suerte de formar parte de una expedición modernista, en burro hasta la Escaleruela, pero después movida por la gasolina que aquellos jóvenes debían llevar en el bolsillo. Siempre al Torcal se ha ido con despacio: la mía fué una expedición a gran velocidad y a pagar a la vuelta, con recargo de unas medias suelas y gasto de árnica y aguardiente alcanforado.

Fué batir el record a todos los turistas aficionados a ver las cosas deprisa, ya que no corriendo, porque allí podrá uno no detenerse, pero no se puede correr.

Como nos presentamos desdendiendo el ir al Torcal Dulce, al guía por darnos gusto se le fué la mano y nos dió una ración tal, de Torcal Agrio que llegamos a sitios que hemos bautizado con el nombre de «Torcal Amargo».

Un turista viejo como yo, en excursión con jóvenes tan ligeros (de piés) no podía detenerse en hacer comentarios de peso sobre el Torcal, sino hacer una crónica ligera. Por eso, aunque una vez en que por extasiarme me quedé atrás y me puse furioso porque para descubrir a mis compañeros tuve que escalar a gatas una enorme roca, resolví al fin tomar a broma el Torcal, que como es un fenómeno se presta lo mismo a lo serio que a lo jocoso.

Si, señores: el Torcal tanto es severo y magestuoso como guasón. Es un libro ininteligible y cada uno lo deletrea o lo interpreta a su manera y sus geroglíficos admiten toda suerte de disparates. Se asemeja algo a la política en que cada uno tiene su opinión sobre las mismas cosas, y es transigente con la expansión del criterio y la libertad de pensamiento. Una misma piedra vertical me pareció a mí un fraile capuchino y a otros un burro sentado: lo que a este le parecía una reina coronada, aquel la comparaba a un viejo con un gorro de dormir, yo ví en una roca inmensa la estatua de Minerva y a otro le hacía la ilusión de un ama de cría con su bebé; yo en masas gigantescas me empeñaba en ver anfiteatros, muros ciclópeos, Partenones griegos, y Termas romanas, pero no faltó quien comparara todo aquello a un inmenso almacén de comestibles petrificados, con sus pilones de azúcar, sacos de patatas, cajones de pasas, pellejos de aceite, latas de petróleo, barriles de vino, jamones y hojas de tocino; vamos, un depósito de administración militar para una campaña de gigantes.

Conjuntos inmensos de rocas hay que vistos en la sombra semejan una imagen simbólica de algún pavoroso problema filosófico o social de esos a que sin embargo cualquier escritorillo o periodista le mete el diente, y acaba uno por convencerse de que el Torcal, con toda su fachenda imponente y amenazadora, es de lo más tratable y bonachón; tiene de anciano adusto y de genio avinagrado que infunde miedo y respeto y luego se le suben los nietecillos hasta los hombros y le tiran de los bigotes. A la roca más ingente y al parecer más inaccesible del Torcal se encarama gateando cualquier siete-mesmo excursionista y sale en la fotografía coronando la cúspide de una pirámide de granito como un explorador en la cima del Himalaya.

El Torcal, como todo lo sublime, está a un paso de lo ridículo; es un veterano gruñón y estirado que en cuanto le dan unas copas se familiariza y se deja tomar el pelo. Es tal vez un capricho bizarro en que el Padre Eterno se entretuvo un día de los muchos en que los hombres lo han puesto de mal humor, y hay en él cosas severas y cosas irónicas, lo mismo se ven emblemas gráficos de conceptos abstractos que caricaturas y detalles mezquinos y antiestéticos.

El Torcal bajo el aspecto político es democrático y padillista: una vez en él todos son iguales, fraternizan y se codean; hay grupos graníticos que se parecen a Timonel y sus acompañantes petrificados y vistos con un cristal de aumento.

El Torcal a pesar de lo escabroso es tan llano que no gasta etiquetas y permite lo mismo que se pisoteen sus alfombras de césped y sus macizos de flores, que se marche sobre sus asientos tapizados de terciopelo a cuatro piés o arrastrando las posaderas. Tiene algo de una institución vetusta y gastada que ya no inspira respeto, como la autocracia, o como una monarquía que deja que los radicales se le suban a las barbas.

Desde lejos el Torcal impresiona y subyuga, pero apenas se vá penetrando en él y al ver que en aquellos palacios y jardines no hay porteros ni fieltos y se cuele cualquiera con más facilidad que en el despacho del Alcalde, se encuentra uno como en su propia casa, lo huele y lo escudriña todo, y lo mismo se mete en una gruta que se sube a un obelisco o se sienta sobre la cabeza de una cariátide. Yo entro ya en el Torcal con la misma familiaridad que lo hago ahora que se han mudado abajo las oficinas del Ayuntamiento.

En esta excursión, para mi memorable, excuso decir que la literatura del Torcal no pareció por ninguna parte. Allí nadie sabía una papa de «Lloraderos» ni de Partidarios, de Roa ni de Juan Ramos, de la Mujer de la Sima, ni de qué Teatro y que casta de pajarera fué La Comedianta.

Y en cuanto a hipótesis y explicaciones científicas sobre la formación del Torcal no tuvimos tiempo de profundizar y todas las conjeturas fueron tan ligeras como nuestro paseo por aquellos laberintos.

Ese día no estaba yo para lucubraciones sublimes y mis dos batacazos con su cardenal y desollón respectivos no me permitieron hacer sino consideraciones vulgares.

El Torcal no me parecía cosa tan allá acostumbrado y a tener un pequeño Torcal en frente de mi casa y ver a Antequera llena de Torcalitos por todas parte, y llegué a ver en el Torcal un barrio de Santiago, San Pedro o San Juan de una ciudad de gigantes que emigraron a otro planeta.

Otras veces decía: ¿no habrá puesto Dios el Torcal ahí tan cerca para que nos refugiamos en él cuando se acabe de arruinar Antequera?

¿Será el sitio a propósito en que nos metamos a comernos unos a otros, los ce saates?

El Torcal en sentido figurado parece un chanchullo tremendo que no lo entienden más que los que andan en él metidos.

También se le figura a uno un depósito de piedras que puso Dios para en su día apedrear muchas instituciones que los hombres han tenido por muy grandes o para descabrar a muchos insolentes y soberbios.

Para un anarquista o defensor de la Semana Roja, el Torcal será la imagen de todos los alcázares reales, conventos y palacios de burgueses, volados con la dinamita, o de la sociedad hundida por la fuerza de sus ideas.

También se ocurre una teoría a modo de cuento antidiuviano.

Júpiter encargó a dos artistas gigantes, escultor y arquitecto, dos proyectos de monumento: al uno le dió masa blanda y con ella hizo el Torcal agrio, creyendo que todo el arte se reducía a hacer montones informes poniéndolos unos sobre otros con remates chiquitines encima y esbozar alguna que otra figura de mal gusto sin dibujo ni proporciones.

Al otro le dió piedra y este con pocas nociones de geometría ensayó allí modelos gigantescos de arquitectura sin orden ni concierto, o sea el Torcal dulce.

Cuando Júpiter fué a ver las dos obras se indignó de los dos mamarrachos y mandó a los bomberos del cielo que inundaran el Torcal agrio y por eso allí se ven las huellas destructoras de las aguas.

Al Torcal dulce, le dió un puntapié y lo hizo añicos y por eso allí no ha quedado tintero con cabeza.

Después mandó que allí no se criaran más que víboras y que no entraran más que cuadrúpedos con cuernos que sembraran el suelo por todas partes de bonigas para que se enliriaran los atrevidos que fueran a curiosear.

Sin embargo el dios, galante con las damas hizo la vista gorda, y dejó a Doña Natura que adornara aquella desolada ruina de todas las preciosidades de su arte divino en la decoración.

Se venden varas de carro, pértigos, en-
geros y toda clase de made-
ra de labor de álamo negro, seca y en buenas
condiciones.

Calle Lucena 51, informarán.

Resumen

Cinco leguas en el cuerpo dando vueltas en la Sierra, tan solo con dos descansos que nos dió la Providencia, el uno porque un polluelo perdió del pan la talega y el otro porque unos cuantos equivocaron la senda y el guía los encontró ya medio muertos de pena, creyéndose ya perdidos y transformados en piedra; y yo le pedía a Dios (sin intenciones siniestras) que tardaran en volver un par de horas siquiera para que fuera el regreso a la hora de la fresca. Pero ¡cál! no hubo tu tía, que hubo que andar de cabeza y a pata y achicharrados bajamos la Escaleruela para, al café de los Gatos, llegar a las cinco y media. No hubo lances ni incidentes que exprese mención merezcan a no ser la de dos primos tragicómica reyerta. Un apetito feroz dió al traste con las meriendas y andando en busca de agua todos rompimos las suelas, y algunos los dos tacones se dejaron en las grietas. Tal fué la gran excursión atrevida y romanesca verificada el domingo y organizada en la Imprenta que alcanzará en el turismo una fama duradera, por los alardes que hizo de vigor y resistencia, y que deja demostrado que existen en Antequera *amateurs de la nature* muy artistas y poetas que se andan de un tirón media docena de leguas y luego vuelven en burro sin cansancio ni agujetas.

Salida 2'25.—Regreso 6'60

Práctico.—Joaquín Martínez.

Excursionistas.—Rafael Chacón, Francisco Jr. Muñoz, Francisco Muñoz Burgos, Rafael Aguilera, José Cabello, José Cervi, José Martín, José Avilés-Casco, Simón Cerezo, Juan Vázquez, Miguel Narvaéz, Francisco Carbonero, Francisco Pavón, Juan López, Francisco Chacón Torres y José Aguilera.

Nombres de los distintos lugares recorridos en el trayecto.—La Escaleruela.—Vereda de Enmedio.—Cañada del Lloradero.—Hornillo.—Subida de la Cañada del madroño.—Vereda de la Sima.—Callejón obscuro.—Callejón ancho.—Pilón cubierto (1.260 metros, sobre el nivel del mar).—Corralón del Tabaco.—Yedra de la Palma.—Callejón del Arazol.—Espaldas del Agracejo.—Pilón de la Zarza.—Vereda de la Zarza.—Pilón de la Cruz.—(Salida).—Salas de Alcoba, por los Navazos, a la Escaleruela.

R. CHACÓN

NECROLOGIA

En la anterior semana falleció en esta Ciudad D. Joaquín de la Torre antiguo dependiente de D. Manuel Vergara Nieblas.

A su apreciable familia y en particular a su hijo Paco, estimado amigo nuestro enviamos expresivo pésame.

**

Arturo Escarda Villada

El Lunes 9 del corriente, despues de larga y penosa enfermedad, dejó de existir este querido amigo a quien nos unia antigua y leal amistad.

Lamentamos de corazón la desgracia, enviando nuestro más sentido pésame a su distinguida familia.

Al Sr. Alcarde

—:Un ruego:—

¿Podiera V. S. ordenar que, por quien corresponda, se nos facilite nota de los ingresos obtenidos, desde 1.º Enero del presente año hasta el día de la fecha por el Arbitrio «Ocupación de la vía pública»?

Esperamos ser atendidos.

Socio honorario

La Sociedad excursionista de Málaga ha acordado en Junta general celebrada en la semana última, que figure en su seno como socio honorario, nuestro muy querido amigo D. José García Berdoy.

Este ha dirigido expresiva comunicación a tan ilustre sociedad, aceptando y agradeciéndole tal distinción.

CAJA DE AHORROS Y PRÉSTAMOS — DE — ANTEQUERA

Resumen de las operaciones realizadas el 8 de Junio de 1913.

INGRESOS	PTAS.	CTS.
Por 449 imposiciones.	3669	
Por cuenta de 38 préstamos.	250	
Por intereses	27	30
Por libretas vendidas.		
Total.	3946	30
PAGOS		
Por 17 reintegros	1339	6
Por 4 préstamos hechos.	600	
Por intereses	2	31
Por reintegros de acción.		
Total.	1941	37

Fertilizador D. R. P.

Abono líquido para plantas en macetas y jardines.

Barril de 40 gramos 30 centimos.

Barril de 140 gramos 65

Explicación para su uso

De venta Alameda, 28.

CHIQUITIN.
CIENTOS de venta
en EL SIGLO XX

TIP EL SIGLO XX—F. JR. MUÑOZ.

ponder a sus anhelos, a su confianza, a sus votos, a su espíritu, a su ciudadanía. Yo no puedo llevar toda esa representación a ninguna actuación política que yo conozca, que yo advierta, que en vez de defender a España de trastornos revolucionarios, aunque sea con buena intención de todos, los facilitan y allanan.

El respeto a los partidos.—Recuerdo del desastre colonial.

¡Gran cosa, gran asunto, aceptar o no aceptar el Gobierno! Yo no he de ponderar la muchedumbre de consideraciones, de miramientos, de reflexiones, de cuentas morales, que han de influir en una determinación de esta naturaleza; pero yo os digo que cuando se compara esto con la fidelidad a la causa política que uno sirve, es una minucia aceptar o rechazar el Poder. (Aprobación en la minoría conservadora.)

Por comparación, es una cosa insignificante, y no se puede sacrificar a la natural rutina del turno y de la sucesión un átomo de aquella fidelidad que se debe a la representación política con que se está en el estadio de las luchas entre los partidos.

Yo siento, señores—podré equivocarme, y sobre todo, fácilmente creerán que me equivoco mis adversarios—, yo siento que tengo el apoyo de una caudalosa corriente de opinión; pero si no lo tuviese, si estuviera solo, si no tuviese siquiera el de mi partido, inmoviblemente me verías donde me véis. ¿Es esto soberbia? ¿Es esto altanería? ¿Es eso confianza en el propio juicio? No. Es que yo he vivido en la vida pública, y en mi vida pública hay un período, que no sé si olvidaré cuando me muera, que es el período de 1893 al 98. Bien solo me quedé yo entonces; bien solo me dejaron esos demócratas, cuando yo quería, cinco años antes del desastre colonial, evitarlo.

Yo estuve solo y vilipendiado, y el oro robado en las Aduanas sirvió para injuriar mi patriotismo. (Aplausos.) No pude hacerme la merced de sustraerme al dolor, porque el dolor era de la Patria, y nada de la Patria puede sernos indiferente. (Aplauso.—Interrupciones en la minoría republicana que impiden oír al orador.)—(El Sr. Sabatella: ¿Y Pi y Margall?) Yo hablaba de por qué yo he aprendido que no haya que envidiar jamás de la conciencia y de una cosa que decía el Sr. Vázquez de Mella, porque hay una hora suprema, de la que me acuerdo siempre, y es aquella en que tengo que dar cuenta de mi vida. (El Sr. Alvarez: D. Melquíades.) Lo que S. S. predicaba podía ser una garantía de paz en las Antillas. Lo hemos dicho en los meetings, haciendo justicia a S. S. Lo agradezco, y pido perdón por no haberlo recordado... (Los rumores impiden oír al orador.—El señor presidente agita la campanilla.)

Yo creía, señores diputados, que el calendario había llegado a establecer entre aquellos sucesos y nosotros la distancia histórica de las perspectivas, y que ya lo podíamos mirar como un suceso que juzgáramos históricamente, y no levantara estas pasiones. (El Sr. Santa Cruz: Es una injusticia.) Pues esta injusticia se remedia con la advertencia y la rectificación, que para esto es el debate, y no hay que enfadarse. De esto es de lo que se trata.

Las manifestaciones de Azcarate y don Melquíades

Dije al comenzar que me sentía obligado a pronunciar dos discursos, bajo el epígrafe de «Una rectificación», y voy al segundo discurso, porque después que yo hablé, hubo acontecimientos políticos en la Cámara. ¡Claro que en este momento es la primera vez que puedo ocuparme de ello!

Yo he sido interpelado por los Sres. Azcarate y Alvarez, señaladamente, para que diga qué me parece a mí, cuál es la actitud del partido conservador delante de estas manifestaciones que aquí solemnemente se han producido. Interrumpi—la vanagloria, que es una flaqueza humana, me hizo interrumpir—, diciendo que ya lo había dicho; pero no voy, por esto, a excusar nada: voy a hablar, muy claro: que yo ya había dicho en mi discurso, de antemano, lo que me parecía, por que en mi discurso estaban los gérmenes, las premisas de donde derivaba, naturalmente, la actitud nuestra.

Había yo recordado cuál ha sido durante toda mi vida pública mi significación, y la parte que he tenido en la actuación democrática de la Regencia, había expuesto que toda aquella obra, la obra de la Restauración y de la Regencia, y las leyes políticas, tenían por objeto franquear a todos los ciudadanos, y señaladamente a las extremas izquierdas,

la vida de la plena legalidad dentro de la Monarquía; había procurado demostrar—no sé si lo demostré; pero sé que no se ha intentado refutarlo, sino que se ha olvidado en el debate—que lo que podía echarse de menos para una actuación democrática plena, plenísima, en España, no eran leyes, ni eran posibilidades, ni eran amplitudes de sufragio, de reunión, de asociación y de imprenta; no era la generalización sincera, normalizada, constante, plena de la ciudadanía, y que para eso era menester la educación cívica. Recordé muchas cosas que os debían sonar mal, naturalmente, pero que tenía la obligación de exponer, por lo cual decía que las izquierdas no habían laborado para esa educación cívica en lo que les correspondía, y una de las cosas que decía yo al país, respecto de vosotros, era que me parecía incongruente perdurar en la hostilidad a la institución monárquica, cuando evidentemente ella no había sido obstáculo, sino que se había anticipado al estado social y a las necesidades políticas con leyes donde había que poner su sanción, y que era algo parecido a los diálogos de las gramáticas de lenguas extranjeras, que porque no había ciudadanía, fuese la censura al Rey. Todo eso ¿qué significaba? Que desde que yo estoy en la política no he dicho palabra que haya rectificado, incluso en mi discurso del otro día, que es el más reciente; porque no quiero recordar el anterior, que fué aquel en que defendí el derecho del obrero a disponer de su trabajo en caso de huelga. (Muy bien, muy bien), y siempre, donde quiera que he hablado, he dicho que para mí el ideal es, el designio ha de ser, el avance consiste en integrar la plenitud de la vida democrática y la práctica de la democracia, y he dicho que la política conservadora no sería conservadora si a eso no tendiera. Lo he dicho categóricamente en mi último discurso (Aprobación), y hoy me he levantado, aunque no sea más que para darme el gusto de departir con vosotros, ampliando el tema. A ello voy, porque me es grato.

La democracia y la Monarquía

Digo que el ideal es ensanchar de día en día la conformidad constitucional, hacer de día en día más numerosas las fuerzas políticas que renuncien a mantener abierto el período constituyente, que es una inmensa calamidad, que es una causa de desmedro y de anemia para las Naciones, y que en España está sosteniendo el triste fenómeno de un pueblo vigoroso y entero, con ansias de progreso, y una política perturbada, enferma, calamitosa, que le atrasa y le abochorna. (Muy bien, muy bien).

Pero la democracia, para nosotros, es una cosa distinta de lo que es para vosotros (Señalando a las izquierdas), porque para nosotros, vida democrática es asistencia íntegra de la Nación en la vida pública, con sus derechas y sus izquierdas, con los aciertos y los errores, con las pasiones y los entusiasmos, con todo lo que forma ese complejo que se llama Nación.

Y ese concepto no asoma ni en vuestras palabras ni en vuestros hechos. Para el señor Iglesias, la democracia es una lucha de clases, una hostilidad permanente y rencorosa de los unos contra los otros, y no hace S. S. otra cosa que preocuparse de su parcialidad, y todo lo que pueda servirle para la lucha le parece a S. S. legítimo, democrático y aceptable, y desdeña, desdeña, olvida todas las asistencias que nosotros prestamos, con más solicitud para los humildes, siempre que es menester, para hacer a todos justicia, para que cada cual tenga su derecho, y para que todo interés sienta el amparo de la ley y del Poder. (Muy bien.)

Para el Sr. Azcarate—ya sabéis lo que es pronunciar su nombre en estas materias—, el Sr. Azcarate tiene un sector—no hay reflector eléctrico de acorazado que ilumine todo el horizonte—, tiene un sector de sombra en su entendimiento clarísimo, en todo lo que atañe a la Religión. Su señoría decía el último día, insistiendo en cosas que le he oído muchas veces: «¿Religión? Esa es una palabra usurpada. ¡Política! Todo eso que se agita por ahí, con faldas o pantalones, todo eso es política». (Muy bien, en la minoría conservadora)

A mí no me cuesta nada reconocerlo; en efecto: la representación de un anhelo nacional, de unas clases sociales, de un grupo de españoles, para que los Poderes públicos, para que las leyes y los actos de gobierno vayan en un sentido o en otro, es una cosa política, naturalmente; pero vamos a ver las consecuencias que sacamos de esta conformidad S. S. y yo.

S. S., en viendo demostrado que eso no pertenece a aquellas esencias dogmáticas y aún rituales que son universales de la Iglesia católica, y que, por tanto, no es Religión, sino política, influida por elementos étnicos, topográficos, históricos, políticos, se vuelve al señor conde de Romanones, y le dice: «No haga caso de eso S. S.: eso es política; no se detenga S. S. ante eso, que es política». Pero yo digo al señor conde de Romanones: «La política esa es una masa popular española». (El Sr. Azcarate: ¿Qué duda cabe? Yo no niego eso.) No lo niega, pero lo olvida y lo sacrifica, que es peor, y quiere que por el Poder público, sin esperar a que eso triunfe en las urnas, se sirva esa aspiración, contraria a la inmensa mayoría de los españoles (Aplausos en el centro); y eso prueba que el espíritu de S. S. es muy bien intencionado, pero que se apasiona, como todos nosotros. Y en otras Naciones, vuestros congéneres creen que lo resuelven todo diciendo: «Eso es vaticinismo, clericalismo, teocracia». (El Sr. Alvarez: ¡Claro!) No es claro, señor Alvarez, porque eso se podría decir si los Reales decretos se sellaran con el sello arzobispal y una cruz; pero no es eso. Es que son españoles, es que son electores, es que son manifestantes, en un número que cuando queráis hay que contar; pero para contarlos, hay que ir a las elecciones con esas banderas, no tomando las varas de los palios, como os decía la otra tarde, a fin de que los electores no se encuentren algún día con gentes poderosas que levantan banderas contra las cuales ellos después hacen rogativas. (Risas.)

De modo que para nosotros, la democracia es eso: no hay salud, no hay integridad de vida democrática, mientras no se logre esa complejidad que se refleja en los resultados, porque asiste a las primarias operaciones de la ciudadanía. Pero el Sr. Alvarez llegó en este punto de su ofuscación hasta el extremo de que una de las imprecaciones más elocuentes, más terribles de la palabra fulgurante de S. S., versó sobre esto, cuando dijo que yo había proscrito de la política española la bandera anticlerical, y me habló S. S. de que así era como se comprometía la cabeza del Rey, nada menos. ¡Yo comprometo eso muchas veces! Pero, en fin. (El Sr. Alvarez hace signos negativos.) Si, si; si quiere S. S., pediremos el texto. El que traigo es este otro mío, para que veáis hasta qué punto había yo dicho lo bastante para no merecer toda la parte del discurso que se refería a esto, y que tenía que concluir con que quien tenía que eliminarse de la política por imposible, por arcaico y por absurdo, era yo.

El bloque y los facciosos.

Yo había dicho, no precisamente con la intención de evitar ese daño, sino con la de exponer mi pensamiento, lo siguiente, que está en la página 19 del *Diario*: «Lo que acontece es que las izquierdas, todas las izquierdas, no han sentido la vocación de buscar en la práctica de las leyes, en la sincera práctica de las leyes, en la realidad de las instituciones democráticas, el triunfo de ideales propios que, naturalmente, serían contrarios a los nuestros, pero igualmente todos dignos de respeto, igualmente conducidos por el camino franco para la victoria, para la victoria legítima en las urnas, en la propaganda, en el Parlamento. No se hace eso, y se inventa lo que se llama el «bloque».

Y me ponía a hablar de lo que era el bloque. Ya véis que yo os decía: todas las banderas, todas las propagandas, pero en las urnas, en la calle, en el campo, no por los caminos del Poder público, tomado directamente. Más adelante, está en la página núm. 21, tuve la fortuna de que se me ocurriera ampliar el concepto y generalizarlo, y dije:

«Ya sé que me diréis que vosotros opináis todo lo contrario: ya sé que me diréis que vosotros creéis que de ese modo servís bien a la Monarquía, y ya he dicho, y no ha sido en vano, que respeto todas las intenciones; pero llamo vuestra reflexión hacia lo siguiente: si es lícito o no a los ministros del Rey, a los responsables de la política, aconsejar a la Corona una obra en que la institución monárquica desmienta su propia significación en la política española, en cualquier política de cualquier país, no digo constitucional como el nuestro; porque si esa política anticlerical viniese triunfante en las elecciones y en todas las manifestaciones de opinión, ¿qué habrían de hacer la Monarquía y su Gobierno, sino transigir con ella, respetarla y recogerla? Pero, ¿ocurre esto?»

Es decir, que lo que yo proscibía era la infiltración abusiva, tiránica, de una política que no ha sido sancionada por la Nación, mediante el contacto y la complacencia de

los gobernantes; pero que yo sostenía la absoluta e idéntica legalidad de cualesquiera banderas, de cualesquiera aspiraciones, de cualesquiera partidos, de cualesquiera ideales, y vosotros no habéis acertado a decir, ni podéis decir más: lo estáis ahora rectificando; pero eso lo había dicho yo en mi anterior discurso. (El Sr. Lerroux: Entonces, ¿qué quiere decir lo de gobernantes y facciosos?)

Pues facciosos son los que cometen los delitos que el Código penal castiga, los que van contra la Constitución, y esos sois vosotros, que aquí dentro habláis este lenguaje, pero que hasta ahora en periódicos y meetings lo habéis estado callando para decir otra cosa. (Grandes rumores)

Es imposible en una Cámara política separar la exposición de la apariencia de debate y de controversia; en mi ánimo no ha habido hasta ahora sino el designio de demostrar cómo la parcialidad os ofusca, y creyéndos muy demócratas, lo sois menos que yo; porque yo admito espontáneamente desde antes que habéis vosotros, la igualdad y la integridad de cualesquiera propagandas y cualesquiera banderas. (El Sr. Alvarez hace signos afirmativos.) Estamos conformes.

Contestando a las derechas.—Neutralidad de las instituciones jurídicas.

Y ahora me vuelvo a la extrema derecha y oigo al Sr. Senantes que me dice, con una ironía amable, como siempre, por ser suya, pero que repercute en vastos horizontes, de vituperios que de vosotros suelen caer sobre mí, por el mismo motivo, y vamos a decir sobre ello dos palabras. Me decía el Sr. Senante, oyéndome hablar en estos términos que ahora acabo de recordar: ¿De modo que el Sr. Maura va a seguir consolidando, va a seguir cooperando, hay otro verbo, a la política de esos señores? ¡Vaya un conservador! No era ésta la palabra. Eso tiene mucha importancia, porque tiene una apariencia seductora, y para el entendimiento simplista del vulgo es de una reverberación pérfida. Veamos si lo desentrañamos, siquiera entre los que lo oigan.

Confunde el Sr. Senante, a mi juicio, dos cosas: confunde las formas y las instituciones del derecho público, que tienen que ser neutras, y que tienen que estar a disposición de todos los españoles, de todas las opiniones y de todos los intereses (Muy bien, muy bien), con el contenido substancial de la política, en cuyo contenido podemos estar con S. S. y mil veces contra ellos; pero en la defensa de las formas jurídicas y de las instituciones liberales-democráticas, estoy yo al lado de esos señores (Señalando a la izquierda) contra todos. (Aplausos) Y esa es la Constitución; eso es lo que hemos dicho nosotros siempre, y porque vosotros no lo veis, estáis debilitando la fuerza que ha de resistir en España los trastornos de la revolución. (Muy bien, muy bien.)

Eso estaba sintiéndolo la inteligencia privilegiada del Sr. Mella, mientras pronunciaba ayer su gigantesco discurso; y cuando descendió de aquellas cumbres y de aquellas alturas por donde nos tuvo tanto tiempo suspensos, cuando hablaba de la enseñanza, no hacía sino sacar un corolario de esta doctrina mía. Estaba yo acotándola en mi pensamiento, y decía: ya hablaré yo de eso con el amigo Mella; y pensé hacerlo en privado, y voy a hacerlo en público. Pues ¿qué es eso de renunciar al armatoste de las enseñanzas oficiales puesto que de todos modos se filtra a través de ellas la ponzoña, y pedir la Escuela libre, con la división de presupuestos, con la lucha de cada bandera en el seno de la sociedad? El día que lo comprendáis, saldréis de la grave responsabilidad que contraeríais si lo hiciérais a sabiendas, en vuestra persistencia de convertir en sustrando lo que debe ser un sumando de la energía conservadora de la Nación. (Muy bien.)

Ayer el Sr. Mella, en uno de los giros de su nunca bien ponderado discurso como obra literaria y como obra de doctrina, y como belleza inmarcescible de la literatura española y de los debates parlamentarios, nos hablaba de la intolerancia y de la intransigencia, y ese es tema que viene a mi memoria, porque tan junto está de lo que antes decía, que es parte de su substancia misma.

Si, Sr. Mella: el entendimiento y el corazón son intolerantes, son intransigentes y exclusivos; pero esa es la persona humana. La ley, la ley, que es lo que aquí hemos de formar; la ley, que es la que traza la política; la ley, que es la que ordena la vida, esa tiene que ser tolerante, transigente y neutral. (Aplausos en la minoría conservadora.) En

eso consiste lo que nos separa de vosotros. No advertís que toda criatura humana nace con derecho a la protección del Estado, a la protección de las leyes, en posesión de sus derechos para desenvolver su vida bajo su responsabilidad, y pretendéis—vana pretensión—que a la hora presente, y en el actual estado social, haya una autoridad organizada o encarnada en cualquier dinastía o en cualquier oligarquía, que pueda regir la vida de los pueblos, transformar su substancia y encaminarlos por el cauce que sea preferente para vosotros. (Muy bien.)

Y he puesto ya de muestra cómo entendemos nosotros la democracia, la política conservadora, la única que hemos practicado y que practicamos, y cómo nos encontramos con claudicaciones a la izquierda y a la derecha.

Las colaboraciones lícitas.—La justicia y el derecho.

Y ahora voy a contestar categóricamente a un requerimiento del Sr. Azcárate, que me decía: «Pero, ¿no hemos colaborado nosotros, cuando gobernabais vosotros? ¿De qué os escandalizáis? Sepamos de una vez qué podemos ser nosotros en la vida pública española». ¿No era esto? Pues yo creo que va a quedar muy claro.

Para actuar como ciudadanos, tenéis nuestra fraternidad más cordial; para actuar como facciosos, el rigor absoluto, inexorable, de las leyes, de manera que esté tan seguro el derecho del uno como el castigo del otro (Muy bien), porque en el castigo está el derecho. He dicho dos cosas, y no es más que una; porque, ¿qué es el castigo más que el derecho, que ampara con la sanción la ley penal? Un Poder soberano y fuerte, no mediatizado; un Poder verdaderamente autónomo, para representar y hacer efectiva la justicia sobre todo y contra todos, eso queremos nosotros.

Pero vamos a algo más concreto de las manifestaciones de las fuerzas de la extrema izquierda en este debate. Habla después de mí el Sr. Lerroux, haciendo hueva gala de su entendimiento privilegiado, y extremando la compostura y la moderación de sus nervios, y yo decía entre mí cuando S. S. hablaba (no se ofenda S. S., porque no está eso en mi intención): si esto que oigo fuese un ropaje de recambio para volver a tomar en los *meetings* y en la propagandas el otro, sentiría que el *Diario de las Sesiones* tuviese que recoger cosas tan poco sinceras; pero si eso es un fruto de la experiencia y una enseñanza de la vida, Sr. Lerroux, el primer aplauso es el mío, porque el Dios en quien yo creo quiere la enmienda y la vida. (Muy bien.)

Oímos anteayer al Sr. Azcárate. Yo no os puedo decir como oigo yo al Sr. Azcárate, porque yo no puedo transmitir a nadie esa misteriosa y difusa sugestión del espíritu, que evoca una edad infantil, en que yo por vez primera me ponía en contacto con la cátedra universitaria, donde estaba el Sr. Azcárate en la penumbra matinal de aquella clase, antigua para mí. Eso no se puede borrar de mi corazón ni de mi memoria. Y yo veía al señor Azcárate, diremos justamente, porque esa es la flaqueza humana, indignado por no sé qué, por una estridencia de un *meeting*, y decía yo: donde hay hombres, hay pasiones. Pero el Sr. Azcárate, que se enfada por esas cosas, ¿no habrá pensado nunca en lo que me parecía a mí ver al Sr. Azcárate sentado en la mesa presidencial de los *meetings*, donde se decían tantas cosas? Yo no me he quejado, ni me he enojado, ni lo he extrañado; tan intollerante soy. Lo que al Sr. Azcárate, me parece a mí, no puede sentarle jamás como ropa hecha para su cuerpo, es la actuación política en que le he visto al frente de la conjunción republicana. Ayer me parecía que desembarcaba de un trasatlántico, tras larga ausencia, un antiguo querido amigo o un hermano, y volví a ver a S. S., al que yo conocía, a Azcárate, mi amigo de la cátedra, muy republicano, todo lo que quiera; pero que tiene conmigo una porción de comunidades, sin las cuales sería difícil que el mismo sastré nos vistiese a los dos. (Muy bien.)

Y para hallarle yo así, y celebrar esa reconstitución de la silueta querida tradicional del Sr. Azcárate, yo no he necesitado nunca inmiscuirme, indiscretos y profanos, en aquel asunto de intimidad tan santa como es el estimar a S. S. que a sus años no le toca hacer ninguna clase de mudanzas, que eso tendrá siempre mi respeto y el de todos. Yo todavía he de ir a cosas más concretas, porque todo está en el ambiente del debate, en la tendencia del debate; y vamos a cosas concretas que no llamaremos gacetales, pero las llamaremos positivas o plásticas, porque ya se cogen con los dedos: voy a cogerlas yo.

Decía el Sr. Azcárate: «Pues bien: ¿qué hará falta para eso?»

La reforma de la Constitución.

Para eso era, para la diversa posición política de S. S.; pero el texto lo aclara.

«¿Qué hará falta para que sea compatible la democracia con la Monarquía? Que volváis la vista a vuestro programa antiguo. Si yo fuera jefe del partido liberal, mi programa sería muy sencillo: la Constitución de 1869. ¿No os atrevéis a eso? Pues volved la vista a vuestro partido, a vuestro programa, a vuestros antecedentes. ¿No fué el Sr. Moret quien habló de reformar la Constitución en dos extremos: para consagrar la libertad de cultos y la reforma del Senado? ¿No fueron el general López Domínguez y Romero Robledo quienes pidieron la aplicación de los artículos 111 y 113, que son la expresión acabada de la soberanía nacional? Pues id a esa reforma de la Constitución y al mantenimiento de la soberanía nacional. Y luego no tengáis miedo para resolver esas cuestiones, malamente llamadas religiosas, porque ya os he dicho lo que ha pasado siempre.

El pensamiento del Sr. Azcárate está muy claro, y todos recordáis los conceptos adyacentes de que mientras esto no se hiciera, no había más que una especulativa posibilidad, al menos probable, de mudanza en el *statu quo* de la izquierda republicana, sin que yo desconozca, por lo que digo, que tiene su valor, su importancia, y es estimable el deliberar así sobre el tema, y el exponer así las disposiciones de ánimo que mostrabais; porque yo siempre procuro ser leal y sincero.

¿Qué decía el Sr. Alvarez? El Sr. Alvarez decía lo siguiente:

«Y dije, que me oigan cuantos deban oírme. Como yo hay muchos republicanos... que piensan lo mismo; hay una enorme legión de jóvenes y de gente moderna que no rinden culto a la forma, pero a quienes les parece enteco y pobre vuestro liberalismo; que quieren reformas hondas, progresivas. Esos, espiritualmente, por lo mismo que dan un valor circunstancial a la forma de gobierno, no están ahí: están aquí con nosotros, constituyendo una fuerza, deseando gobernar.

Mas, entendedlo bien: para llegar por las vicisitudes de la vida política al Gobierno, necesitamos mucho. Para nosotros no puede haber Monarquía privilegiada; no puede el Monarca jamás compartir la soberanía del país con las Cortes, que deben ser el reflejo fiel de la voluntad popular. Para nosotros no hay más que una soberanía, la soberanía nacional, y así, despojada de sus privilegios, democratizáramos la Monarquía, dándole como asiento la soberanía nacional y como elemento de sostén el cariño y el entusiasmo del pueblo.

Una Monarquía sin privilegios, una Monarquía que no usurpara el Poder del pueblo, una Monarquía, en fin, que abriera los cauces a todas las ideas por radicales, por archirradicales, por extraordinariamente radicales que parezcan. Con estas garantías, los que no damos valor a la forma de gobierno, pudiéramos algún día prestar nuestro concurso a un régimen que evolucionara hacia nosotros, democratizándose.

Este es el texto; y ahora que le he leído, supongo que nadie esperará de mí ninguna de las ruindades que consisten en buscar cizaña entre vosotros, o buscar cizaña entre ellos; ni estimular pueriles reparos del amor propio, ni regatear la longitud del radio de las curvas que el decoro pida para cualesquiera evoluciones. Yo, sobre eso tengo mi concepto, le he practicado; pero respeto el de los demás. Yo, en 1912, cuando tuve la desgracia de perder al que había sido mi guía, y lo habría sido mientras viviese, el Sr. Gamazo, a la luz del día hablé con el Sr. Silvela, y me incorporé al partido conservador, y nunca he olvidado que yo he pertenecido al partido liberal, porque las cosas que se hacen con la conciencia limpia, nunca se dicen balbuceando.

A lo que vamos es a la substancia de las cosas: yo me encuentro con que, para salir del *statu quo*, es requisito previo una reforma constitucional; tenéis perfecto derecho para requerir al partido conservador, a fin de que diga su actitud, y la voy a decir.

La opinión del partido conservador. Substancialidad de la Monarquía.

Nosotros no cometeremos nunca la insensatez de llamar a ésta, ni a ninguna Constitución, irreformable ni eterna; pero decimos, lo he explicado en mis discursos, que creemos que en la política española urge más, aprovecha más, dar efectividad a las leyes promulgadas, que acrecentar la distancia en-

tre la realidad y la mentira legal, y dentro de la reforma constitucional, vosotros pedís lo que acabáis de oír, señores diputados, y de eso que acabáis de oír, yo respeto el juicio de quienquiera; el mío es que el Sr. Alvarez ha descrito minuciosamente, refocilándose en la descripción, la volatilización de la Monarquía, la evaporación de la Monarquía; de modo que eso es la revolución sin sangre, suprimiendo las barricadas, y sustituyéndolas por la *Gaceta*. (Muy bien, en la minoría conservadora.—(Rumores.)

Yo respeto la opinión de todo el mundo: la mía es ésta. Y diciendo esto, y estando con ello conforme el partido conservador, ¿qué más he de decir? Porque, Sr. Azcárate, el concepto de la Monarquía que yo expuse, del que S. S. olvidó un párrafo, que es la mitad del concepto, para no recordar (naturalmente que con excelente buena fe) si no la otra parte, que es con la primera omisa al concepto entero, el concepto de la Monarquía para mí ha sido siempre el mismo: como que es la Monarquía de la Constitución que yo he jurado varias veces; y tan es siempre la misma, que recuerdo que en unos albores de situación liberal, en que, naturalmente, la sangre moza de las mayorías, recién posesionadas sentía por todas partes en el aire, como en un arpa eólica, los sonos del Himno de Riego, estaba yo en el banco de la Comisión del Mensaje, y se atravesó el tema, y dije este concepto mismo de la Monarquía; el mismo que ahora. ¡Y hace treinta años! Claro es que S. S. no tiene ese concepto de la Monarquía. ¿Quien lo va a pretender? Pero nosotros, todos nosotros, hasta ahora nosotros, no prejuzgo el porvenir (desde luego, de los conservadores no hay que hablar, porque es evidente), tenemos el concepto de que la Monarquía es el eje inmovible de la vida nacional (no la petrificación en el pasado de la vida nacional), para facilitar y hacer fecundas las evoluciones en que la vida consiste, para no obstruir ningún progreso legítimo, para no estorbar ningún avance, para consolidarlos todos, para evitar que se rompa la unidad y consubstancialidad del ser nacional, por lo cual he dicho antes que viven las Naciones. (Aplausos.) Para eso ha de ser un Poder efectivo, substancial, distinto del Poder de los partidos, porque una Monarquía flotante sobre los partidos, sin privilegios, que no es más que una función delegada, la fórmula que ha de sancionar un día el sufragio popular, esa ni siquiera es Monarquía, ni siquiera es Presidencia: eso es un escarnio.

Pero para decir yo lo que opina el partido conservador, ya estoy hablando demasiado, como el estudiante Basilio en las bodas de Camacho. Y lo que acontece señores, es que hay un banco azul, y no nos acordamos de él. (Grandes risas.) Hay un banco azul, ocupado por personas dignísimas, y todo lo que tengo que decir, como todo lo que he dicho, no tiene absolutamente nada que ver con las condiciones personales de los señores ministros, con cuya amistad me honro, y a quienes estimo individualmente, ilimitadamente; como que sería lo mismo que las personas fueran esas u otras igualmente dignas, porque estoy hablando, estoy señalando las consecuencias y manifestaciones de una política, de un sistema de política, de una dinámica política, que durante estos cuatro años me tiene en la actitud de reserva que todos conocéis; y esto no tiene que ver con los nombres y apellidos, ni con las prendas personales honradísimas de los hombres que ocupan el banco azul.

En el banco azul, donde se entra jurando guardar la Constitución, se oye decir estas cosas, y no solo no se oye salir de él la manifestación de un criterio opuesto, distinto, sino que como si no se hubieran oído; y cuando ya no hay otra cosa que hacer, y alguna proposición incidental invita al recuerdo, se cae en la cuenta de que hay que venir aquí a decir ¿qué? Pues que es muy grato oír hablar bien del Rey en los bancos de los republicanos, y ver lo que pasa, y pensar—¿en qué diréis que se piensa?—, pues en hacer una gacetilla humilde, para alabanza de la situación y vituperio de los conservadores, porque en nuestro tiempo os juntabais (Señalando a los republicanos), y ahora os separáis. ¡Si serán ellos listos! (Risas.)

Y a eso queda reducido todo, y es el único comentario que se les ocurre de esas cosas, y dais por averiguado que está consumado el cambio, que tiene por condición todo eso: la destitución del Rey y todo lo demás. (Grandes rumores.) Claro es, señor conde de Romanones, que yo no creo que su señoría quiera tal cosa: no me tenga por tan sín seso; lo que digo es que en esa actitud de los que ocupan el banco azul; en esa omisión de la función de gobierno; en esa inadverten-

cia que cuando habláis se nota más que cuando calláis (Grandes rumores); en esa inadvertencia, palpita una verdad: la verdad de lo que yo estoy diciendo, sentando y afirmando; es a saber: que le sucede a España lo peor que le puede acontecer a un pueblo: que del Alcázar del Poder se haya ausentado la autoridad. (Grandes aplausos en la minoría conservadora.)

Primera rectificación

Mi querido amigo particular el señor presidente del Consejo de ministros, no necesita esforzarse para alejar con sus palabras el peligro o la ocasión de que yo dude de la sincera buena voluntad que tiene S. S., que yo le he reconocido varias veces en conversaciones privadas con su S. S., y de la que me complazco en hacer pública declaración. No había yo de conocer al señor conde de Romanones, no había de estimarle, y especulativamente sabría que quien estuviera colocado en ese banco tenía que ser fiel a sus juramentos.

Y vamos a la rectificación. Yo no he dicho, señores diputados, que el señor conde de Romanones o sus predecesores hallan ido a ponerse de acuerdo con D. Fulano o D. Zutano para concertar la tramoya del veto para nosotros. No; no he dicho eso; la vida no es así; la Humanidad no marcha así; la historia no se teje así.

Algo más natural, determinada y evolutiva y honda era la génesis que insinué en mi discurso del otro día, y es que después de haber creado juntos el hecho de 1909, los republicanos os miraron con amor y os encontraron buenos, sanción propia del cariño, y dijeron vamos a perpetuarlo, por lo menos, vamos a prolongarlo, y no necesitáron pacto sinalagmático ninguno porque con su solo interés bastaba; solo que su interés es algo diverso del interés nuestro, y hacen muy bien en seguir su interés, y la elección de medios es cuenta suya y no mía.

¿Y qué ha pasado en los bancos de la mayoría y en el banco azul durante estos cuatro años? ¡Cuántas veces lo he de repetir, y cuántas más muestras positivas e indelebles no lo abonan, y aun de ello hice mención el otro día y lo he dicho antes de hoy!

Vosotros habéis conservado la vida ministerial, y además la siesta ministerial, y además la arbitrariedad sistemática con que os habéis conducido en todo (Protestas en los bancos de la mayoría.—El señor presidente agita la campanilla); habéis conservado la comodidad de la existencia y la impunidad de las arbitrariedades al socaire y abrigo del veto y hostilidad, de los republicanos contra el partido conservador; os habéis estado aprovechando, y he dicho que es bien reciente la última manifestación de esa dinámica. (Bien, en la minoría conservadora)

Por lo demás, yo ya dije el otro día que en la concepción de una situación liberal de esta manera mantenida, nutrida de la hostilidad con los republicanos y revolucionarios a los conservadores, entraba la necesidad de una sucesión conservadora, cuando ya no se pudiese seguir, con las consiguientes zalamerías *mortis causa*, que es en lo que estamos ahora.

Hoy ha recordado el señor conde de Romanones, que tiene un loable prurito de hacer resurgir ante nuestra presencia la memoria del gran Sagasta, una ocasión en que aque jefe del partido liberal—estaba yo muy cerca de él y recuerdo los pliegues de su rostro cerca de la coyuntiva de sus ojos—, contestando a no sé qué diputado que se sentaba en estos bancos, que reconvino a Sagasta por no sé qué concomitancia con la masonería, decía sonriéndose con aquella sonrisa suya: «En cuanto me enteré de que no le gustaba al Papa, me salí de la masonería». (Risas.)

El ejemplar vigente de la colección nos ha dicho: pues no había caído yo en la cuenta de que molestaba y ofendía al Sr. Maura o a los conservadores la presidencia del señor Azcárate.

¿Quién ha hablado de ofensas? Yo, no. Aquí yo no he hablado de ofensas. Lo que he dicho es que me parecía que S. S. estaba ya demasiado conaturalizado con el ambiente y la substancia y el espíritu de la política que yo estoy censurando en estos cuatro años, cuando no advertía el significado de cantarle tanta trova al ideal frustrado de que ocupara esa presidencia, no D. Gumersindo Azcárate (que de eso he hablado bastante, y quizás menos bastaba para que todos me entendieran), sino la representación política de una fuerza que significa derrocar la Monarquía por la violencia, en cuanto se pueda, y por de pronto privar a la Monarquía, con su veto, del partido conservador para gobernar. (Aplausos en la minoría conservadora.)

Yo no regateo, yo no escatimo al señor conde de Romanones cualesquiera recursos que les parezcan conducentes para llegar al corazón de la mayoría y provocar sus aplausos, que son realidades políticas provechosas (Fuerzas rumores en la mayoría), que yo respeto; lo digo con toda sinceridad (Siguen los rumores), que si no respetara estaría en mi derecho; podría no respetarlo, pero lo respeto (Nuevos rumores y protestas en la mayoría); pero en la relación de S. S. conmigo, sin que perjudique a lo otro, me permitirá S. S. que le diga que no necesitaba esforzarse para hacer protestas de que S. S. no tiene ningún propósito desleal. Eso yo no lo he dicho a nadie nunca, y si lo dijera ya no podría cruzar la palabra con aquel a quien tal enormidad dijese. He dicho que estábamos en una divergencia, en una disensión sobre el concepto de una política, que vosotros creéis buena, y que yo considero funesta y deplorable, por lo cual el argumento de S. S. no venía a otra cosa que a provocar un aplauso, porque no tenía conexión con mi discurso.

Tampoco necesitaba S. S. reivindicar el respeto de su conciencia, porque había yo dedicado más tiempo a eso que a hablar de la mía.

También he de recoger ese argumento, de que lo que yo quiero es dictaros la ley. ¡Qué he de querer dictar! Bajo vuestra responsabilidad estáis gobernando, y como vuestra responsabilidad os ha llevado a hacer y persistir en una política, a sabiendas de que yo, por mi parte, no puedo compartirla ni quiero aceptar vuestra responsabilidad, lleváis integra la responsabilidad vosotros solos; vosotros sabréis adonde vais, y cuando haya que salir, vosotros saldréis (Rumores en la mayoría), en lo cual va implícito que en ese problema dignísimo de consideración, de quien sirve mejor a la Monarquía, que es el desentimiento sobre la calificación de una política, el único que no se siente juez soy yo, que soy parte: eso lo dirá la opinión pública y el órgano supremo de la opinión pública en su día, la Corona, en cuanto tenga una función constitucional que ejercer; entretanto la opinión pública, porque eso se está litigando entre los partidos, y para eso hablamos y exponemos nuestras opiniones.

Al final del discurso del señor presidente del Consejo de ministros, ha reaparecido la congratulación por lo que ha conseguido en esos cuatro años el partido liberal con esas izquierdas, que es el tema de que yo me había ocupado.

¿Habéis oído algo, señores diputados, aún ahora habéis leído algo de lo que le parece al Gobierno la reforma constitucional, de aquella reforma constitucional que detalló tan elocuentemente el Sr. Alvarez? ¿No? ¡Ah! Pues crea el Sr. presidente del Consejo que aunque no hubiera obligaciones sagradas juradas, y juradas en el cargo, para no dejar pasar esas cosas ni un minuto, sin oponerlas la debida contraposición de conceptos y definiciones de actitud, para nosotros tendría mucha importancia que no quedase ese equivoco como simiente de bullanga en la oposición; y que sobre eso tenemos derecho, como partido y como ciudadanos españoles, por cuantos ejercéis un cargo público tan alto, a que no quede sombra de duda, y a que sepamos si estáis conformes; porque si no lo estáis, vamos a sacar la cuenta de lo que habéis logrado; y cuando hayamos puesto en limpio todo lo que habéis logrado, para lo cual es preciso saber qué es de las condiciones suspensivas y resolutorias (resabios de abogado que no he olvidado) que expresa el *Diario de las Sesiones*, entonces yo diré al señor conde de Romanones que medite un rato sobre lo siguiente: que esas conquistas, las que fueren, no hemos advertido aquí con qué leyes las habéis logrado, con qué innovaciones distintas de las del partido conservador habéis podido hacer esas conquistas, y por consiguiente, nos quedamos con aquella simpatía recíproca, que se parece extraordinariamente a la tesis fundamental que yo sostengo, y que niega S. S. (Aprobación en la minoría conservadora.)

Segunda rectificación

Sr. presidente: Para una aclaración a lo que acaba de decir el Sr. Senante. Repito lo que dije antes respecto al derecho público; yo no he dicho que esté divorciado del derecho natural, de la ley natural; pero ahora añado que tiene muchísimo menos que ver lo que yo he dicho con la limitación de que habla S. S., porque el Código penal se hará con un criterio u otro; se hará más o menos extenso; pero hasta donde no llegue el Código penal, es lícita toda propaganda y toda acción.

Tercera rectificación.

Comprenderá la Cámara que tengo que cumplir un deber de cortesía, para que no parezca, contra toda intención, que desairo la oración última del Sr. Alvarez. Pero que el Sr. Alvarez use de su derecho, de su ingenio y de su elocuencia para sus fines políticos, no modifica mi propósito, y todo lo que yo tenía que decir lo tengo escrito o dicho, y la buenaventura no la digo yo. En el porvenir yo no tengo más que un signo en la mano, que es cumplir con mi deber. (Rumores.)

SESIÓN MUNICIPAL

Aunque hace tiempo que las sesiones son celebradas en familia por estos demócratas *demófobos*, tuvimos el viernes noticia de que algún Concejal iba a acudir al Ayuntamiento a turbar la paz doméstica a la familia *padillista* y esto nos hizo ir a los Remedios para poder hacer hoy la *reseña de la corria*.

Cuando llegamos la sesión estaba más que comenzada, presidiéndola el teniente de Alcaldes Sr. Cabrera, y los Sres. Marqués de Zela y Palomo discutían sobre la fidelidad con que estaban reproducidas en el acta correspondiente las manifestaciones que el Marqués hizo en la última sesión a que asistió.

Dió comienzo la sección de ruegos y preguntas y el Sr. Chacón Enriquez (al que acompañaba a la sesión el Notario Sr. Arenas) pidió la palabra para leer unos ruegos y ciertas preguntas manifestando que los había llevado escritos a fin de que constasen en el acta literalmente. Tras excitar a los *padillistas* a hacer buena administración, rogó a la presidencia que, a fin de que pueda justificar determinados cargo que ha de hacer, se le faciliten certificaciones relativas a lo que se adeuda por gastos inexcusables, de lo pagado que tenga en la ley el carácter de diferible, de si ha prestado la fianza el administrador de Consumos, y de lo que haya recaudado por derechos sobre sal, la administración de dicho impuesto. Cree que se está en el caso de la R. O. de 28 de Enero de 1903 que prescribe que cuando los ingresos no basten para cubrir los gastos se ha de citar a Junta Municipal para reducir estos, y en caso de no ser posible, solicitar la anexión a otro término municipal. Ruega a la Comisión de Presupuestos que el de 1914 sea hecho inspirándose en la sinceridad. Advierte que si no se le facilitan los datos que ha pedido acudirá a los Tribunales a que amparen sus derechos y a defender los intereses de Antequera.

Pregunta si se han pagado el cupo de consumos a la Hacienda y el contingente provincial y declina su responsabilidad si no se ha hecho.

Pregunta si el administrador de Consumos va a seguir vendiendo la sal en los fieltos.

El Sr. Palomo, contesta que en los ruegos parece que van envueltos cargos para la Corporación y manifestaba que los documentos no pueden expedirse ni aún para el mes de Diciembre aunque trabaje en ellos todo el personal. Dice que el Sr. Marqués como concejal, puede obtenerlos en las oficinas.

El Marqués de Zela, dice que el no vá a tomarlos porque tendría que ir acompañado de Notario a fin de no ser víctima de otra encerrona.

En este momento entra el Sr. Casaus Arses y arrebató la campanilla y el sillón al Sr. Cabrera.

Al ocupar el Sr. Casaus la Presidencia el Marqués de Zela le invitó a que la dejase por considerar no tenía derecho a ocuparla por estar disfrutando licencia negándose a ello; e insistiendo el Sr. Zela en que usurpaba la Presidencia y abusaba de su autoridad coartando el derecho de un Concejal con la campanilla, y que si quería discutir ocupase un sillón de Concejal, originando su resistencia un ruidoso incidente entre Casaus y Zela de campanillazos y protestas.

El Sr. Casaus dice que parece que el Sr. Marqués aprovecha sus ausencias para *perturbar* la marcha de la corporación.

El Sr. Marqués de Zela. Precisamente me gusta discutir con S. S. más que con nadie por ser la lumbrera del Ayuntamiento; pero protesto de que S. S. no se siente en un escaño como yo para que en la discusión no coarte mis derechos.

Se entabla un vivo diálogo sobre este particular y no hay forma de que el Sr. Casaus deje la presidencia, Termina el incidente sin que el señor Casaus *desampare* el sillón presidencial.

El Sr. Palomo, vuelve a ocuparse del acta de la última sesión a que el Sr. Marqués asistió y dice que los datos sobre consumos que llevó el Sr. Marqués están equivocados.

El Sr. Marqués de Zela, cree que no existe la equivocación sin insistir más en el particular por haber tratado ya otra vez del asunto en esta misma sesión.

El Sr. Palomo: Pues conste que S. S. ha hecho el ridículo.

El Sr. Marqués de Zela: Protesto de ese concepto, que no le tolero a nadie aunque no me extrañe oír al Sr. Palomo una frase aprendida en su taberna.

El Sr. Presidente ase la campanilla y llama al orden al Marqués. El barullo es fenomenal. El Sr. Palomo da voces, el Sr. Marqués repite a gritos quince o veinte veces «¡De taberna! ¡Tabernero!».

El Sr. Casaus no cesa de dar campanillazos. Por fin la presidencia logra restablecer el orden después de largo rato, se entra en la orden del día de que, por carecer de interés no nos ocupamos.

¿Suicidio?

Próxima a terminar la tirada de este periódico llega a nosotros la noticia de haber sido encontrado el cadáver de una anciana en las proximidades del Arco de Santa María ignorándose hasta la presente si se trata de una desgracia casual o de un suicidio.

El Juzgado de instrucción entiende en el asunto y esperamos, que para el próximo número, estará aclarado el misterio y podremos informar a nuestros lectores.

NOTAS LOCALES

En Granada, donde se encontraba en espera de ser sometida a dolorosa operación quirúrgica, ha fallecido la apreciable Srta. Antonia Ruiz Castilla, prima hermana de D. José Rojas Castilla. A éste estimado amigo y a su distinguida familia enviamos la expresión más sincera de nuestro pesar por la desgracia que les aflige.

El día trece del actual se recibió en Antequera un telegrama de Tetuan en que se notificaba haber sido herido nuestro distinguido amigo el primer teniente de Infantería D. Manuel de Hazañas y González.

Al conocer la noticia su hermano D. Sebastian, salió para Ceuta, a cuyo hospital militar había sido trasladado el herido. Este, según parece, no lo está de gravedad. Mucho nos alegraremos que sea así.

El miércoles en la noche, un guarda calle proporcionó en la de la Tercia un espectáculo que en el Riff sería calificado de bárbaro. El individuo en cuestión renovando el episodio de D. Quijote con los Molinos de viento, arremetió a tajos y mandobles con un diminuto perrillo, a quien tal vez tomó por un monstruo gigantesco y no paró hasta dejarlo moribundo.

Tal animalito según nuestros informes dormía tranquilamente sobre un escalón esperando a que su amo le franquease la entrada a su casa, no padeciendo hidrofobia ni otra enfermedad mas que la que le ocasionaran los furiosos cintarazos del guarda calle.

¿Se puede saber que es lo que ha sucedido a una pobre muda, asilada en «Las Huerfanitas»?

Según rumores, el caso es grave y exige energicas medidas.

Galantemente invitados, fuimos el domingo último al Salón Rodas, teniendo la satisfacción de apreciar los progresos que la empresa ha introducido en el cine. Difícilmente se hallará otro en España que reúna mejores condiciones de seguridad para los espectadores.

En el patio, bajo la frondosa parra se ha instalado el ambigú en forma tal, que ofrece grandes comodidades para el público.

Con relación al esmero que se nota en el servicio y a la excelente calidad de los refrescos, helados, licores, etc. nada hemos de decir, pues al público consta que el abastecedor Sr. Vergara no sabe hacer las cosas mal.

El domingo 15 del actual dió a luz con toda felicidad, un robusto niño, D^a Petra del Canto Martinez, esposa de nuestro muy querido amigo D. Enrique Alvarez del Pino.

Reciba los Srs. de Alvarez nuestra cordial enhorabuena.

ESCUELA MILITAR

Creada en esta Ciudad una Escuela Militar dependiente de la del Centro Técnico de Málaga queda abierta la matrícula desde el 16 del actual en las oficinas del Cuartel de Infantería de 9 a 11 de la mañana.

Con el número de hoy acompañamos un prospecto del conocido medicamento «Elixir Callol», cuya lectura recomendamos eficazmente a nuestros lectores **por ser de interés** a las familias y a todas aquellas personas que padecen de **neurastenia, anemia, falta de apetito y debilidad general**, siendo también muy útil en las convalecencias. Se vende en las principales farmacias y droguerías.

En Málaga en casa de D. Bonifacio Gómez (San Juan 80) y D. José Peláez (Torrijos 74 a 82).

A nuestros lectores

Nuestro deseo de dar a conocer, íntegro, el notable último discurso pronunciado en el Congreso de los Diputados por el ilustre Jefe del partido liberal-conservador D. Antonio Maura ha sido la causa de que salga con algún retraso el presente número el cual consta de ocho páginas.

(Sobre la cuestión de arbitrios)

El Ayuntamiento insiste en su acuerdo

En nuestro número correspondiente al día 1.º del actual mes, dábamos cabida a la copia de un recurso formulado contra el acuerdo de arrendar por cinco años un grupo de arbitrios e impuestos y contra la implantación de uno de nuevo cuño sobre «transportes en vía pública». Deseosos de que el público esté al corriente de la forma en que son manejados sus intereses, hubimos de rogar al reclamante que nos comunicase la resolución que recayera en el recurso, y accediendo el Sr. Ruiz Escalera a nuestro deseo, nos envía hoy copia del oficio número 918 de la Alcaldía de Antequera, entregado a nuestro amigo el día 9 de este mes.

Tal oficio dice textualmente:

El Excmo. Ayuntamiento de mi presidencia en sesión del día 30 del pasado mes de Mayo, resolvió la reclamación formulada por V. en su escrito de 26 de dicho mes, contra el acuerdo del día 2 del mismo inserto en el Boletín Oficial de la Provincia, núm. 112 de 14 siguiente relativo al arriendo durante 5 años de un grupo de arbitrios que en el mismo se determinan cuyo particular del acta es del tenor siguiente:

Se dió cuenta del dictamen de la Comisión de Hacienda que dice así. La Comisión de Hacienda ha examinado el escrito presentado por D. José Ruiz Escalera reclamando contra el acuerdo Municipal de contratar mediante subasta pública el arriendo durante 5 años de un grupo de arbitrios que se especifica en el Boletín Oficial de la Provincia núm. 112 de 14 de Mayo próximo pasado y en vista de los fundamentos que el recurrente alega y de los antecedentes relativos al asunto propone al Excmo. Ayuntamiento se sirva desestimar dicha reclamación, en atención a las consideraciones siguientes:

1.ª Es de la competencia exclusiva del Ayuntamiento acordar la forma de exacción de los arbitrios e impuestos conforme al artículo 154 de la ley municipal y el acuerdo de subasta a que se refiere la reclamación se amolda a los preceptos de la Instrucción de 24 de Enero de 1905 que faculta a las Corporaciones locales para que el arriendo de aquellos arbitrios se efectúen por más de un año y no alegando el reclamante precepto legal infringido y considerando la Corporación que dicha subasta no es lesiva para los intereses Municipales procede desestimar aquella reclamación respecto de este particular.

2.ª La creación del arbitrio denominado «Transportes de mercancías por la vía pública» se ha acordado a virtud de las facultades exclusivas atribuidas a la Corporación por dicha ley Orgánica en su artículo 137 por considerarlo necesario en compensación de la supresión del impuesto de Consumos y como comprendido en el último apartado de la regla 2.ª de dicho artículo en relación con la regla 7.ª, única limitación de aquellas facultades.

3.ª No es bastante la simple manifestación del reclamante de que con el establecimiento del expresado arbitrio sufran perjuicios la industria y el comercio de la localidad para que se desista de ello porque es indudable que con la supresión del impuesto de consumos han de obtener grandes ventajas y aquel arbitrio por la exigua cantidad que se asigna a la unidad de 100 kilos de transporte por la vía, no puede mermar grandemente aquellas ventajas.

Tal es el informe que la comisión formula para la resolución que proceda.

La Corporación acordó aprobar dicho dictamen adoptando el acuerdo que en el mismo se propone.

Y lo comunico a V. para su conocimiento pudiendo recurrir en alzada en el término de 30 días ante el Excmo. Sr. Gobernador Civil de la Provincia con arreglo al artículo 171 de la Ley Municipal.

Sírvase V. firmar el duplicado de esta comunicación.

Dios guarde a V. muchos años.—Antequera 6 de Junio 1913.—Antonio Casaus.—Sr. D. José Ruiz Escalera.

Si no supiésemos como las gastan ahora en el Ayuntamiento sería cosa de promover manifestaciones públicas, mítins, y todos aquellos actos a que el pueblo tiene derecho a recurrir para demostrar su soberana voluntad y que a ella se atuviesen los que tienen la honra de ser sus administradores; pero sabemos que los que aquí se titulan demócratas (y entre tales pseudo-demócratas contamos a los concejales padillistas)

no harían caso para nada de la opinión de sus administrados, porque lo que a los ediles les importa es tener dinero, mucho dinero, mientras más, mejor, que administrar, aunque el Ayuntamiento llegue a la bancarrota, aunque se hunda la industria, aunque el comercio se arruine, aunque los antequeranos, todos, revienten o tengan que emigrar, porque ¿qué importa a los concejales liberales que todo esto suceda, mientras el presupuesto dé para los forasteros? ¿Qué importa Antequera ni los antequeranos a los padillistas? ¿No traen acaso empleados y más empleados forasteros a ocupar destinos que debían ser para liberales antequeranos que con grandes méritos dentro de su partido, se encuentran cesantes en la actualidad, y sin medios de atender a sus más apremiantes necesidades?

¿Y a quien no se interesa por los suyos, por los que le sirvieron lealmente en todo momento, que le importa que el pueblo sufra, que emigre, que desaparezca? ¿Necio el pueblo que tuvo en ellos confianza, que les hizo sus administradores!

Y no somos solo nosotros los que decimos todo eso: son ellos, es el Ayuntamiento quien lo dice en su acuerdo, en ese acuerdo que tiene por base un dictamen sui géneris, absurdo, inconcebible.

La comisión de Hacienda en ese dictamen, dice que el Ayuntamiento no infringe precepto legal al acordar el arriendo de un grupo de arbitrios por cinco años, y que tal acuerdo lo tomó la Corporación no estimándolo lesivo a los intereses municipales. No decía Ruiz Escalera que hubiera infringido precepto legal, lo que decía es que haciendo el arriendo en grupo se perjudican los intereses municipales, porque siendo necesario mayor capital, muchas personas que concurren a la licitación cuando esta se hace separadamente para cada arbitrio, se verán imposibilitadas para tomar parte en ella desde el momento en que se forma un grupo con los arbitrios más importantes. Y desde el momento en que se reduce el número de postores cesa la lucha y, como consecuencia natural de esto, la cantidad en que se haga el remate ha de resultar menor que cuando se hacen las subastas por separado, que por concurrir más postores, consignan estos mayores sumas en sus proposiciones a fin de lograr el remate en su favor.

A este argumento que por ser de sentido común es bastante poderoso, agregaba el reclamante otro que la Comisión de Hacienda no se ha atrevido a rebatir con cifras sabiendo que estas habrían de probar de modo terminante la lesión que sufren los intereses municipales. Decía Ruiz Escalera que «es lesivo también para el municipio el arriendo por cinco años, porque la misma experiencia, (y los libros de la contabilidad municipal son una buena prueba de ello) ha demostrado que en las subastas anuales obtiene un beneficio positivo el Ayuntamiento, toda vez que, si se compara la cifra total obtenida en las subastas de arbitrios para el año 1908 con las últimas celebradas, (con todas las celebradas posteriormente, hubiéramos dicho nosotros) «se hallará una diferencia en favor del Ayuntamiento por varios miles de pesetas, que de haberse hecho el arriendo por cinco años no existiría».

A este razonamiento poderosísimo contesta la Comisión de Hacienda que el Ayuntamiento considera que la subasta por cinco años no es lesiva para los intereses municipales. ¿Pero es que el Ayuntamiento y la Comisión de Hacienda se creen infalibles y no tienen que tomarse siquiera la molestia de fundamentar sus determinaciones? ¿Por que no se ha dicho en ese dictamen la cantidad en que fué rematado cada arbitrio para el año 1908 y cada uno de los años siguientes? Por que sabe muy bien la Comisión de Hacienda que si lo hubiera hecho, el dictamen hubiera tenido que ser de conformidad con la petición, y como esto no quieren los padillistas que sea, los señores de la Comisión de Hacienda, los Adam Smith antequeranos, recurren a la falacia que los escolásticos denominan círculo vicioso para no verse obligados a reconocer la verdad, porque si la reconocen y se mantiene el acuerdo demuestran que el Ayuntamiento se ha equivocado y que por terquedad (otra cosa que no fuera terquedad sería mucho peor) persiste en el error.

En otra falacia ha incurrido la comisión de Hacienda al dictaminar sobre la creación del arbitrio denominado «Transporte de mercancías por la vía pública», pues

sostiene que el Ayuntamiento ha obrado dentro de sus facultades al imponer un gravamen sobre cada unidad de cien kilos de transporte y no se mete en probarlo. Es una burla inicua, descarada de la ley municipal, pues si bien el apartado 12 de la regla segunda del artículo 137 de dicha ley autoriza a los Ayuntamientos para imponer arbitrios sobre coches de plaza y de servicio funerario y carros de transporte en el interior de las poblaciones, la regla 8.ª del mismo artículo dice: «Las cuotas que se impongan a las industrias mencionadas en esta ley, que se hallen incluidas en las tarifas de la contribución industrial correspondientes al Estado, no excederán del 25 por 100 de la cantidad señalada en estas». La industria de «carros de transporte en el interior de las poblaciones» está incluida en la tarifa quinta, clase tercera, número veintinueve de la contribución industrial con una cuota de 14 pesetas anuales por cada caballería, y por tanto la cuota que el Ayuntamiento puede imponer es la de tres pesetas cincuenta céntimos anuales sobre cada caballería que se utilice para el arrastre de un carro y no sobre cada bulto de 100 kilos que se transporte. Esto equivale a gravar las mercancías y no los carros que son los que, según la ley, pueden ser objeto de arbitrios.

El último párrafo del dictamen afirma que ni la industria ni el comercio sufren perjuicios con ese arbitrio sobre transportes, en la forma que se pretende implantar. Nosotros vamos a demostrar lo contrario.

En Antequera se transportan cada año más de diez y seis mil sacos de abonos minerales de a 100 kilos cada saco, desde la estación del ferrocarril a los almacenes que están dentro de la población. Pero como esos diez y seis mil sacos tienen que volver a transportarse por las calles, para llevarlos al campo al adquirirlos los agricultores, tenemos un transporte anual de más de 32.000 sacos que a 0'25 uno importan pesetas 8.000 en

que se perjudica la agricultura y la industria, puesto que los abonos no pagan derechos de consumo. Dentro del casco de la población hay cuatro fundiciones que calculando el transporte de entrada y salida de cada una en 1.000 toneladas de hierros y carbones durante el año, arrojan un total de 4.000 toneladas de transporte que a 0'25 los 100 kilos dan un total de pesetas 10.000 en

que también se perjudica la industria, pagando derechos por artículos que tampoco están sujetos al pago de consumos.

El transporte de trigos y harinas (también están hoy exento del pago de consumos) para la fabricación de pan, dentro del casco de Antequera se aproxima a 2.920.000 kilogramos, que importan pesetas 7.300 en

que los fabricantes de pan se perjudican. Y tenemos que solo tres industrias sufren un perjuicio anual de pesetas 25.300

Y hemos dejado de incluir en esta suma a todo el comercio, fábricas de curtidos, bayetas, yeso, etc, etc, por carecer de datos para hacer el cálculo total; pero como estimamos que el comercio y la industria no se quedarán cruzados de brazos en espera de que el atentado contra ellos se consumme, es de esperar que al entablar sus reclamaciones prueben los perjuicios que de implantarse el arbitrio sufrirían.

Al leer el público ese acuerdo que dejamos copiado, al cotejarlo con este comentario y el escrito de Ruiz Escalera que publicamos el 1.º del actual, se compenetrará sin duda del fin que el Ayuntamiento persigue. La Comisión de Hacienda al hacer su dictamen, ni aun siquiera ha debido abrir la ley Municipal, apesar de las veces que a ella se refiere, pues de haberla visto, no incurriría en el error de afirmar que el arbitrio de «Transporte de mercancías por la vía pública» está comprendido en el último apartado de la regla 2.ª del artículo 137, cuyo apartado dice textualmente: «Parte que conceden las leyes en la expedición de documentos de vigilancia, licencias de caza y pesca y de navegación y flote de los ríos y aprovechamiento de aguas;» y que como se vé nada tiene que ver con los transportes por la vía pública. Otra prueba de que la ley municipal no la han visto los señores de la Comisión es que aseguran en

su informe que la única limitación de la regla 2.ª del artículo 137, es la contenida en la regla 7.ª y precisamente las reglas 5.ª, 7.ª y 8.ª son todas limitaciones de la regla 2.ª. Esto demuestra que la ley no se ha consultado siquiera, pues de haberlo hecho no se habría incurrido en esos errores que evidencian que al dictaminar la Comisión, habrá consultado al Presidente del Consejo, al Ministro de la Gobernación, a la Dirección Admon. local, al Gobernador, a todos... menos la ley municipal que es lo único que debía tenerse en cuenta.

Bandido—Pobre tanto que cae en la cárcel por pertenecer a una partida en vez de afiliarse a un partido.

(De el Diccionario de El Mentidero)

García Berdoy

La ilustre Sociedad Excursionista de Málaga, ha dirigido a nuestro querido amigo don José García Berdoy la comunicación que dice así:

«Esta Sociedad estima en cuanto merece la patriótica y culta labor de V. S. tanto particularmente facilitando las excursiones que por esta sociedad se han verificado al término de Antequera, y a cuantos turistas se han dirigido a visitar sus monumentos naturales, cuanto por sus gestiones al frente de la Alcaldía de esa ciudad, debiéndole la cuidada conservación de Cueva de Menga, y a su iniciativa los primeros génesis del proyecto de establecer refugios en la maravillosa Sierra del Torcal.

Deseando en su consecuencia asociar su nombre en lugar de honor, ha propuesto la Directiva y aceptado unanimemente la Sociedad en Junta general extraordinaria del día 6 del corriente su nombramiento de Socio honorario.

Tengo por mi parte sumo placer en comunicárselo a V. S.

Dios guarde a V. S. muchos años.

El Presidente.—Antonio Díaz Bresca.

El Secretario.—Francisco Andrade.

Sr. D. José García Berdoy.—Antequera.

El Sr. García Berdoy ha contestado con la siguiente comunicación:

«Muy gratamente sorprendido por el atento oficio fecha 9 del actual, me permito suplicar a ustedes que acepten y se dignen transmitir a la ilustre Sociedad Excursionista de Málaga, el testimonio de mi agradecimiento por el inmerecido honor que me dispensan otorgándome lugar preeminente en el seno de tan culta asociación.

En tanto ocupé la alcaldía, como antes de desempeñarla y después de cesar en ella, me he limitado a cumplir, con mayor o menor acierto, pero animado de gran voluntad, mis deberes para con esta ciudad amada, deseoso de que sirvieran de algo provechoso para sus intereses, los servicios del más modesto de los ciudadanos que tuvieran la honra de nacer en ella; y claro es, cuando me ha tocado en suerte cumplir esos deberes sacratísimos, rindiendo el homenaje de consideración, respeto y simpatía a los que de cualquiera forma hicieran objeto de tales sentimientos a este noble pueblo, me he estimado orgulloso del desempeño de mi misión y me han inspirado gratitud quienes me proporcionaran oportunidad de realizarla. Por ello estoy doblemente obligado para con la patriótica Sociedad Excursionista.

Dios guarde a Vd. muchos años.

Antequera 15 Junio 1913.

MATA MOSCAS

“DAISY”

en “El Siglo XX,”